



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Ontología fungi: posibilidades de subsistencia y supervivencia sobre los vestigios del capitalismo



[Microecosistema: setas sobre líquen, Fotografía de la autora]

Trabajo final de grado

Cindy Ramírez Piñeiro

Tutora: Asis. Mag. Nat Tommasino

Revisora: Profa. Tit. Dra. Alicia Rodríguez

Montevideo, Uruguay. Octubre, 2024

Agradecimientos

A la vida.

A los hongos y bosques de este planeta.

A mis padres, quienes motivaron y posibilitaron mi deseo por crecer enseñándome a sentir que podía.

A Kari, mi compañera de vida, quien transitó tantos bosques a mi lado y trabajó incansablemente desde el amor y el cuidado para que pueda dedicarme a escribir sobre ellos.

A Leti, amiga increíble que supo acompañar en la escucha, lectura y relectura de este ensayo.

A Nat, por captar mis ideas y guiarlas siempre a lugares más desafiantes. Por potenciar este proceso con responsabilidad y dedicación, por habitar en la justa medida.

A mis amigos, mis especies compañeras favoritas.

A la vida de nuevo y a mi.

Gracias.

Índice

Un ensayo desde el pie.....	1
¿Qué me convoca?.....	2
Cartografía sobre huellas: el bosque	4
Los hongos en la trama de la vida.....	11
Valorizaciones a través de la palabra: fauna, flora y funga.....	16
Micorrizas: donde bosques, hongos y humanos se encuentran.....	17
¿Comestibles o tóxicos? Más allá de una dicotomía ontológica.....	18
La recolección de setas silvestres como práctica alegre.....	21
Prácticas antropogénicas: sobre la recolección comercial y mercantilización de las setas.....	29
Destiempos: posibilidades de subsistencia y regeneración de la vida en los márgenes del capitaloceno.....	35
Afectividad y buen vivir para todos los cuerpos. Miradas posibles desde la psicología.....	42

Un ensayo desde el pie...

Este ensayo cartográfico habla de un modo vincular, relacional y vitalista de hacer psicología, defendiendo la afectividad, la empatía, la curiosidad y la alegría como modos de ser y hacer con otros. A pesar de su disposición, composición y forma, su presentación digital y en papel, su fisionomía de letras, su estructura en apartados, títulos, citas, párrafos y oraciones, este ensayo nace, vive y crece en el bosque. Crece desde el pie. Nace desde el suelo, haciendo rizoma junto a hongos silvestres, animales y plantas. Late en cada bosque, en las veredas, en los montes, en los patios, incluso bajo el cemento. Se reproduce como el micelio, de forma rizomática e infinita, nutriéndose de experiencias tan colaborativas como propias, de sabores únicos y sonidos que desearía inmortalizar.

Pretende ser una rendija a través de la cual observar, contemplar y comprender otros modos de vida posibles, formando parte de un entramado de afectividades y colaboraciones interespecies. Este ensayo se compone de implicaciones y deseos sobre el mundo actual y sobre otro(s) mundo(s) posible(s). Espero pueda devenir pasaje, algo así como un boleto de entrada a un viaje sin retorno como es el reino de los hongos, a este modo colaborativo de habitar y cuidar la vida de todos los cuerpos: lo que denominamos como una ontología fungi.

Comienzo por preguntarme qué me convoca a escribirlo, ensayando mi necesidad de construir territorio a través de un bosque en El Pinar. El acto de ser territorializada por este bosque fue la base sobre la que se construyó mi relación afectiva (Teles, 2020) con los hongos, a los cuales dedico los apartados restantes recorriendo sus aspectos biológicos y sus funciones sociales/afectivas en la trama de la vida. Posteriormente problematizo la objetivación humana sobre los hongos escondida en la dicotomía comestibles-tóxicos, las prácticas antropogénicas como la recolección comercial y mercantilización de las setas y las prácticas alegres a través de las cuales podemos relacionarnos con ellos. Finalmente escribo sobre el desfasaje entre los tiempos de producción del Capitaloceno y los de la regeneración de la vida, incorporando aspectos antropocéntricos-coloniales-capitalistas y patriarcales en diálogo con los cuerpos-territorios que pueblan el planeta. Esto me lleva al final de este trabajo en el que propongo la afectividad en cada vínculo como una premisa necesaria para enfrentar el problema político-ecológico-afectivo en el que estamos atrapados, asumiendo la difícil responsabilidad de seleccionar, ordenar, compartir y vectorizar cada aspecto de este viaje rizomático que, más allá de haber nacido en el bosque, se inscribe en un marco académico y se escribe en líneas rectas.

¿Qué me convoca?

*¿No ha querido usted mismo ser un pájaro
la mañana más clara del verano?.*

- *Horacio Cavallo, Pájaros.*

Elegir una temática sobre la cual producir un campo de problemas nunca fue una tarea fácil, sobretodo cuando el transcurso por este mundo nos acostumbra a pensar lo académico como el resto de las cosas *productivas*, desarraigadas de toda emocionalidad. Agradezco en esta instancia a quienes me guiaron a cuestionar esta idea, a escribir conectando con el que-hacer de la Psicología y con algo que me apasiona.

El fascinante mundo de los hongos capturó mi atención hace tres años. Desde entonces, día a día me vuelvo más partícipe. El mundo fungi me alimenta y me exige cuestionarme, interpelándome como estudiante, como mujer, como ser humane, como recolectora y como habitante de un planeta “que conozco mal, pero del cual soy heredera” (Despret, 2022, p. 21). Un planeta frecuentemente concebido como un objeto a manipular e intervenir, que subsumido bajo las reglas generales del mercado (Machado, 2023, p. 411) se encuentra en constante movimiento y en creciente autodestrucción. Este texto nace de mi deseo por contarlo todo, por compartir experiencias e invitar a pensar y problematizar la manera en que nos relacionamos con este y con otros mundos, con los seres vivos y no vivos que pueblan el planeta. Es por todo lo expuesto que escribo en primera persona, porque escribo sobre una temática que me atraviesa y que deseo expandir.

Me sirvo de lenguajes diversos mientras ensayo mi experiencia y la de otros. La diversidad de actores que interjuegan en este ensayo, me obliga a habitar formas diferentes de nombrar(me)nos. En primer lugar, enfrentada de antemano con que *este* modo de ser y estar en el mundo necesariamente habla de un *ser mujer*, pretendo evocar la potencia de esta posición cada vez que utilice la letra “a”. Por otra parte, expreso con el uso de la “e” que mi cosmovisión también habla de una posición de **ser humane**¹, lo cual implica a priori, que la amalgama capitalismo-colonialismo-patriarcado recorre mi sangre y configura mi existencia y que, aunque de manera diferente, también lo haría si fuese hombre o disidencia. El uso de estas distinciones no responde a una elección narrativa, si no a un posicionamiento político y epistémico que me conduce a atender y reconocer las posiciones por las cuales nos vinculamos con otras existencias.

¹ De aquí en más serán utilizadas las **negritas** para señalar la importancia de nociones centrales y transversales en el desarrollo de este ensayo y las *cursivas* para requerir al lector una mayor atención sobre estas.

¿Cómo llegué hasta aquí? Crecí en la ciudad de Canelones, muy cerca del Prado, un parque con cientos de árboles en el que transcurrió gran parte de mi infancia y adolescencia, un lugar inmenso y plagado de encuentros entre amigos, familias, deportes, actividad física, naturaleza, música y animales libres. A los 18 años me mudé a Montevideo, viví un año allí sin sentirme a gusto, abrumada por el bullicio. Terminando el año 2018 volví a vivir en Canelones, sin saber que la llegada del 2021 me encontraría viviendo en Ciudad de la Costa, un lugar hermoso que combina la ciudad y los espacios verdes a la perfección, y del que hoy siento que no voy a irme nunca.

En la búsqueda de tejer redes para conocer un poco más de este lugar que se presentaba como nuevo, ingresé en un grupo de Facebook llamado “Soy de Ciudad de la Costa” para enterarme de eventos comunitarios y sucesos importantes que hacen al lugar, como las ferias vecinales y los encuentros culturales. Sin embargo, a través de este grupo accedí a mucho más que esto, encontré una rendija que dejaba ver parte de la cotidianeidad y las costumbres de las personas que habitan aquí. Me atrajo el grado de conocimiento y cercanía que tenían con la naturaleza, sobre todo en relación a la alimentación. Frecuentemente encontraba fotografías de platos cocinados con hongos y flores silvestres, seres que sin duda había visto un centenar de veces sin siquiera llegar a pensar en que se podrían consumir.

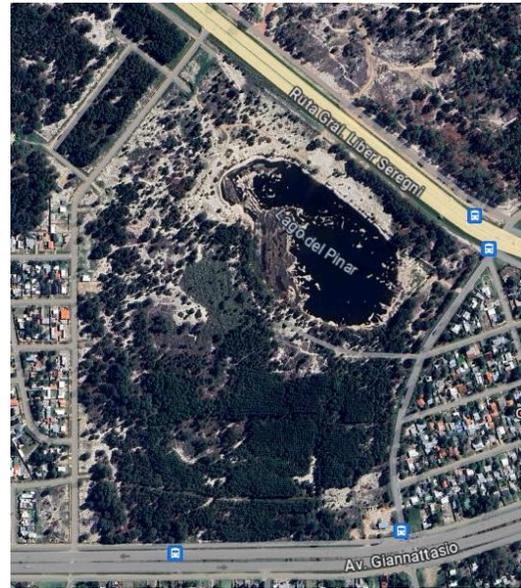
Los meses transcurrieron y este lugar nuevo se convirtió en uno un poco más conocido, adquirí el hábito de recorrer la feria de los domingos, comencé a interesarme por la clasificación de residuos, construí mi propia huerta y realicé un trueque. Obtuve un nuevo trabajo, recibí el regalo necesario de las nuevas amistades y aún así no conseguía asentarme en Ciudad de la Costa, me hacía falta un lugar físico a través del cual referenciarme, me hacía falta construir territorio entendiendo a éste como un espacio socio-simbólico generador de un sentido de *pertenencia* (Montenegro et al., 2014). Tal vez anhelaba suplir aquel lugar tranquilo y solitario que encontraba en el Prado de Canelones, buscando el olor a mi infancia. *Enraizar* es parte de mis modos y rituales para pertenecer. Buscaba entonces volver a conectarme y desconectarme, encontrarme con otros y conmigo en la naturaleza.

Cartografía sobre huellas: el bosque

Si quieres conocer un lugar, piérdete en él. (...) Camino haciendo memoria, como si luego tuviese que contar lo que veo a alguien que me espera.

- Juan Mayorga, *El cartógrafo*.

La caminata hacia ese punto del mapa me condujo a un lugar abierto y rústico, la intervención humana visible se limitaba a la contaminación (prendas de ropa y plásticos) y a la tala de árboles. Se trataba de un bosque enorme, frondoso y arbolado en el que resulta fácil perderse. Comprende en sí mismo distintos suelos y ecosistemas, zonas cubiertas de pinocha sobre suelo terroso, y otras cubiertas de arena, como lo es el lago ubicado sobre un lado del perímetro y rodeado de árboles. Huele a pinos y humedad, sobre todo en invierno y otoño, y sus sonidos predominantes son las hojas de los árboles movidas por el viento y el canto de los pájaros que habitan allí, en armonía con diversas especies de fauna, flora, y funga.



[Google, s.f., Mapa]

Con el transcurso de los meses mis visitas a este bosque aumentaban tanto como mis compañeros de expedición; lo recorrí con amigos en algunas oportunidades y con mi pareja en la mayoría de ellas; registrando en cada oportunidad las diversas prácticas humanas que tienen lugar allí. Además de la tala, la recolección de piñas y hongos, hay quienes visitan este bosque para reunirse con amigos, bañarse en el lago, sentarse a apreciar el agua y recorrer el bosque con sus perros; también hay quienes utilizan este bosque como un lugar para vivir temporalmente, lo cual explica que no sea extraño encontrar desechos humanos como trozos de carpas y calzados sin pares.

El bosque se compone entonces de “objetos, cuerpos, discursos, afectos, prácticas, movimientos (...) olores, sonidos” (Di Masso et al., 2017, p. 62) seres vivos y no vivos. Todos estos elementos, posicionan al que anteriormente llamé “lugar abierto” como un espacio público, un entorno que trasciende su soporte geográfico y que configura ontológicamente, al decir de Di Masso et al. (2017): “una serie de ensamblajes emergentes, fugaces e inestables entre aspectos y propiedades de materialidad variable” (p. 62). Introducir esta noción es

fundamental a la hora de pensar al bosque como un territorio dinámico, donde los diversos aspectos y propiedades que lo componen se conectan al menos, mediante ensamblajes.

Sin embargo, caracterizar al bosque como espacio público no me es suficiente si pretendo en este ensayo servirme de nociones que trascienden concepciones geográficas y que conciban al bosque como un lugar vivo, lleno de procesos y movimientos, y no como un objeto inerte, estático y pasivo. Es por esto que me inspiro en la noción de territorio, y digo *noción* en lugar de *concepto*, atendiendo a su polisemia.² En este sentido es que Vinciane Despret (2022) afirma que territorio “es un término que no tiene nada de inocente” (p. 22) y que “podría acarrear hábitos de pensamiento tan empobrecidos como resultaron, a partir del siglo XVII, los múltiples usos que habían caracterizado durante mucho tiempo el hecho de habitar y de repartir la tierra” (p. 22-23). Es decir, que históricamente este término ha sido conectado a un modo propiamente humano de concebir, distribuir y destruir la tierra, incluso cuando se lo utiliza refiriéndose al comportamiento de los animales.

La autora, en el capítulo *Territorios* de su libro *Habitar como un pájaro*, expone a través de las investigaciones sobre algunos pájaros realizadas por ornitólogos, que este término y otros son utilizados por los mismos con connotaciones bélicas (combates, disputas, ataques, persecuciones, patrullas, defensa territorial, pintura de guerra), es decir, se utilizan referencias militares y por tanto humanas para describir sus comportamientos (Despret, 2022). Al mismo tiempo Vinciane nos advierte del riesgo que conlleva utilizar concepciones del territorio basadas en las significaciones humanas para describir los procesos animales (y fúngicos), ya que los sentidos con los que se utiliza la palabra no son los mismos. (Despret, 2022, p. 24).

Por el contrario, Despret (2022) afirma que “el territorio es ante todo un proceso” (p. 24) y que “puede no estar tan ligado al espacio, sino al tiempo” (p. 25). Esta noción de territorio como proceso y como espacio temporal, me evoca diferentes imágenes sobre el bosque, pienso en su extensión geográfica y en la manera en que las setas que busco, recolecto y consumo crecen en diferentes zonas del bosque a lo largo de cada estación, de cada año. De la misma manera pienso en mi propio proceso, y en cómo ha cambiado mi manera de habitarlo a lo largo de todo este tiempo; pienso en la niña que fui pateando una seta con extrañeza, y en la mujer que soy hoy, en la forma en que transito los bosques con lentitud y calma, atendiendo a los lugares en donde piso para no entorpecer ningún proceso. Pienso en esta capacidad aprendida de leer el paisaje y los suelos, y en este amor por el sabor a estas setas, por sus olores, por su

² Para Ardoino (1997) los términos que podemos caracterizar como nociones, no tienen sentidos únicos ni definidos (p. 1).

recolección y sobre todo por su búsqueda, sintiendo como propias las palabras de Ana Tsing (s.f) cuando cuenta que “caminar es la velocidad del placer y la contemplación corporal; también es la velocidad justa para buscar hongos” (Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 1). Se trata de una cartografía sensible de los territorios, se trata de un habitar nuevo que se configura a través de la recolección.

Escribo sobre el habitar como una noción que según expresan Giraldo y Toro (2020): “no es permanecer en espacios pasivos, sino estar acogiendo en nuestra experiencia sensitiva las múltiples afecciones, sensibilidades y sentimientos de un lugar expresivo que nos escucha y nos habla” (p. 15). Noción que ilustra cómo el acto de habitar este territorio (y no solo visitarlo) ha transformado mi modo de ver y de estar en este mundo. La experiencia sensitiva y afectiva de perderme y encontrarme en este bosque me ha permitido atender la interacción con otras especies, la comunicación con este bosque que continúa escuchándome y hablándome, y el surgimiento de cuestiones que se desarrollan en este texto en torno a cómo habitar-el-bosque deviene habitar-el-mundo.

El bosque es un lugar ubicado exactamente en el polo opuesto de la cotidianeidad de mi vida, y no me refiero simplemente a la ausencia de autos, de gente, de ruidos, ni a la carrera siempre perdida antes de comenzar que todos los humanos jugamos día a día contra el tiempo. El bosque no es un lugar opuesto porque no haya contaminación, violencia, consumo, ideas, vida, muerte, silencio y ruido; de hecho, hay un poco de todo esto. Sin embargo, posee una capacidad que encuentro única y es la de guardar huellas.

La vorágine de la vida cotidiana, por otra parte, es un lugar fugaz y efímero, en el que la inmediatez y los resultados priman sobre los procesos. Un montón de vidas circulan por las mismas calles, un montón de cuerpos se cruzan sin entrelazarse, un montón de miradas se intersectan y desvían y esa ausencia de contacto, no es más que otro dato que ingresa y se archiva en el torrente de flujo informático que es el cuerpo humano de la post modernidad. Esta época, caracterizada por una masiva conectividad y tecnología, convive con un creciente individualismo y desconexión. Sin embargo, y a pesar de la poesía, la música, la pintura y otros tipos de arte que rigurosamente han sido inscriptos en la historia, es difícil pensar en una huella dejada por este caos que sea mayor a la ambiental.

Al decir de Machado (2023):

No se trata apenas de la huella atmosférica (...) sino del sistema perceptivo, cognitivo y práctico a través del cual ha sido construido el modo “humano-moderno” (hegemónico y globalizado) de ser y estar en el mundo; de concebir el mundo, de relacionarse con el mundo de la vida y de producir sus propias condiciones de existencia (p. 410).



[Huellas de hollín,
Fotografía de la autora]

En definitiva, la crisis climática a la que asistimos es, más que un reflejo de nuestro habitar en la tierra, una consecuencia. El bosque, por otra parte, puede entenderse como un mapa abierto que se reescribe continuamente, como un dibujo en el que aparecen y desaparecen distintas huellas, distintos rastros de vida. “Un mapa (singular-colectivo) abierto, alterable, conectivo, donde todo puede conectar con todo, como en el rizoma de Deleuze y Guattari (2006)” (Tommasino, 2024, p. 6). Este paisaje que a simple vista nos puede parecer estático se presenta plagado de dinamismo, alteridad y movimiento.

Esta cuestión de reescritura, de huellas y dibujos, esta suerte de pragmatismo me resuena con lo que Michel Serres (2016, citado por Despret, 2022), define como escritura: “el trazo de todos los seres, vivos y no vivos, que escriben “sobre las cosas y entre ellos, las cosas del mundo, unas sobre otras” (p. 27). ¿No es esto la naturaleza en sí misma? Una convergencia de seres vivos y no vivos, una diversidad de trazos en yuxta y sobreexposición, que, agrega Despret (2022), están dados “para ser leídos” y que “codifican un sentido” (p. 27).

Hablo de trazos como huellas, de las hojas amarillas sobre el suelo anunciando el otoño, del aroma a tierra mojada que escribe la lluvia, de la forma en que las grietas en la tierra seca son trazadas por la sequía, o de la mera existencia de una seta que sirvió de alimento para una comunidad de hormigas. Estas huellas también pueden pensarse como las *contaminaciones*

*colaborativas*³ de las que habla Anna Tsing (2023) en su libro *Los hongos del fin del mundo*, línea fundamental de este ensayo-cartográfico en tanto afirma que “estamos contaminados por nuestros encuentros: estos cambian lo que somos en tanto que damos paso a otros. En la medida en que la contaminación transforma los proyectos de creación de mundos, pueden surgir mundos mutuos, y también nuevas direcciones” (p. 55).

Es por esto que en el bosque no puedo encontrar individualidad, solo coexistencia, relación, conexión, contacto, intercambio: **contaminaciones** (Tsing, 2023, 55). La altura, frondosidad, color y especie de árboles que puedo encontrar en determinada zona, son la *escritura*, la huella viviente dejada por una mezcla específica de cantidad de sol, frecuencia de lluvia y velocidad promedio del viento en esa época del año.

Hablo entonces de huellas y trazos que en el encuentro y la contaminación crean *mundos mutuos* (Tsing, 2023, p. 55), crean un **lenguaje**. Pero ¿Qué es el lenguaje en sí mismo? ¿Existe un solo lenguaje? ¿Y cuál es este lenguaje sobre el que estoy escribiendo? En respuesta a esta última pregunta, tomo algo de lo que Giraldo y Toro (2020) expresan en su libro *Afectividad ambiental: sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*.

El lenguaje, más que una esencia específica de nuestra especie, es el resultado de los encuentros que acontecen en el mundo sensorial habitado. Nuestros cuerpos empáticos vibran con el paisaje animado de una manera tal que vamos siendo afectados por las condiciones anímicas de los lugares en los cuales estamos. Cuando sentimos la “energía” de un lugar, cuando aseguramos que un espacio tiene una bella energía, en realidad estamos expresando en el habla una sensación de hospitalidad sentida corporalmente porque nuestros cuerpos resonantes hacen eco del calor del lugar, de aquel canto del territorio donde nos encontramos (p. 83).

Este es el lenguaje sobre el que escribo, un resultado de encuentros entre cuerpos vibrantes, anímicos, sensoriales, perceptivos. Un lenguaje que habita en los cantos y en los ecos de este bosque. Un lenguaje sin palabras, compuesto de escrituras, trazos y huellas dejadas por seres no vivos y vivos en interacción, por las *especies compañeras* (Haraway, 2019a) que habitan conmigo en las copas de los árboles, en la temperatura, humedad y en los suelos de este bosque.

³ Debido a que esta noción podría confundirse con la palabra contaminación, es que a partir de este momento, al hablar de contaminaciones colaborativas, me referiré a ellas como *contaminaciones*, utilizando la palabra contaminación en singular para hablar de polución.

El suelo comprende, para quien aprende a leerlo y a concederle atenciones⁴, un mapa de mucho de lo que ha pasado, pasa, y podrá pasar por allí. Si veo madrigueras (que además de ser hogar para algunas especies, son indicador de presencia de presas para otras) sabré según su construcción que allí hubo o habrá, por ejemplo, ratones.



[Trazos vivos, Fotografías de la autora]

Si llovió recientemente y camino por una zona con poca vegetación, podré ver huellas en la tierra húmeda que me indiquen que otros animales humanos y no humanos pisaron allí antes que yo. Si concedo atención a su composición, que en un mismo bosque puede variar entre arenosa, limosa o arcillosa, sabré que algunos seres vivos estarán más a gusto que otros viviendo en esos suelos y por lo tanto, si es más o menos probable encontrarme con ellos. Lo mismo me sucede con los hongos. Hoy puedo saber (aunque sigo aprendiendo) qué frutos de hongos puedo buscar y encontrar según el clima, la zona, la altura del año, el suelo, y los árboles que se encuentren alrededor de mis pies.

Este aprendizaje que deviene lectura, configura un proceso de encuentro aún latente que comenzó a reproducirse pasado unos meses de mi primer visita a este bosque, y que trajo consigo la posibilidad de *apropiarme* de este lugar. Digo “*apropiarme*” (en esta oportunidad y en cada una de las siguientes) sin ánimos de referir a concepciones del orden de la propiedad

⁴ Vinciane Despret (2022) escribe sobre el “aprender a volverse capaces de *conceder* atención” explicando el doble sentido de la expresión: prestar atención a y reconocer la forma en que otros seres también portan y conceden atenciones (p. 13).

privada, sino a lo que es *apropiado*. Sara Vanuxem (2018, citada por Vinciane Despret, 2022) afirma que apropiarse una tierra remite a “volverse apropiado para ella” (p. 105). Esto quiere decir -agrega Despret (2022)- “que uno es territorializado en la misma medida en que territorializa” (p. 105)⁵. Pero ¿Qué es volverse apropiado para una tierra? ¿No suele ser al revés? Pensar en términos que nos permitan concebir a la tierra como centro (o al menos, que nos obliguen a correr a las humanas de esa posición), e incluso pensar en ser amigables y respetuosos con ella nos resulta extraño. Esa es la magia de esta idea, la manera en que nos increpa y nos revela que pensar a otras especies y territorios fuera del margen del antropoceno-capitalismo-colonialismo-patriarcado, deviene desafío; pero esta es una discusión, por demás necesaria, que daré más adelante.

Aún así, subrayo el habitar y el apropiarme a este territorio como actos políticos-revolucionarios y constitutivos de esta *relación afectiva* (Teles, 2020) que construí con él, basada en su encanto y en mi deseo de conocerlo, y potenciada por el interés por la funga que germinaba en mí.

⁵ Vinciane Despret (2022) afirma que el acto de territorializar “es entrar en un agenciamiento que territorializa al que entra. Lo cual significa que toda territorialización supone, en primer lugar, que uno desterritorialice algo para reterritorializarlo de otra manera” (p. 94).

Los hongos en la trama de la vida

Al amanecer, volveré a la vida siendo la tierra.

- *Diego Martez y Charo Bogarín, El viento al fin serás.*

En la búsqueda por dimensionar la temática de este texto considero importante incluir un apartado de las especies protagonistas del mismo, ya que esta relación afectiva con el bosque se construye a través de ellas; hablemos entonces de los hongos. ¿Qué son los hongos? y ¿Para qué sirven? ¿Sirven? ¿Los hongos nos sirven? ¿Cómo son sus características biológicas y de sus funciones en la trama de la vida?

Los hongos son las especies más comunes de la Tierra (y algunas de las más viejas) ya que se encuentran en casi todos los suelos (Schwartzberg, 2019). Son descomponedores moleculares que se alimentan de materia orgánica e inorgánica en la medida en que la descomponen. “Si no fuera por los hongos, nuestros bosques estarían cubiertos de troncos y animales muertos, no habría vida tal y como la conocemos, ya que configuran los tractos digestivos del bosque” (Schwartzberg, 2019, 7:35). En la misma línea Lim y Shu (2022) en su libro *El futuro es fúngico* afirman que no es nada descabellado decir que este mundo, tal y como lo conocemos, no existiría sin los hongos (p. 19).

Estos organismos fantásticos son heterótrofos, es decir que no producen su propio alimento, lo toman del entorno. De esta manera, descomponen al mismo tiempo que se alimentan, transformando, nutriendo y comunicando los territorios en los que se encuentran, lo cual los configura como “la base del bienestar de casi todos los ecosistemas terrestres” (Lim y Shu, 2022, p. 19). En este sentido Tsing (s.f) expresa que “el rol de los hongos en la renovación del ecosistema hace más que obvio que los hongos son siempre compañeros de otras especies” (Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 7). Sus palabras dan cuenta de los roles que tienen estos seres en la trama de la vida: los hongos son especies compañeras que genuinamente conectan y habitan tejidos compartidos, colaborativos e interdependientes con una simpleza de la que podemos y debemos aprender.

A través del proceso de descomposición/alimentación, los hongos devuelven los nutrientes de la materia descompuesta al medio en el que se encuentran, compartiendolos con árboles, plantas hongos y humanas. De esta manera se posicionan tanto al principio como al final de los ciclos vitales, por lo que indefectiblemente hablar sobre hongos me lleva a hablar de la vida. Mientras la naturaleza transforma, recicla, descompone y esculpe cada territorio de maneras

creativas, “el reino de los hongos representa la cúspide de este diseño, ya que sustenta la vida en la Tierra desde hace más de mil millones de años” (Lim y Shu, 2022, p. 11).

Actualmente existen en el planeta 120000 especies de hongos identificadas. La comunidad científica estima que este porcentaje corresponde solo al 2% de la cantidad de especies existentes, es decir, que existirían más de seis millones de especies de hongos en la naturaleza (Lim y Shu, 2022, p. 21), de las cuales solo el 10% (de las identificadas) producen setas (p. 23).

Las setas, a las que coloquial y erróneamente se les llama “hongos”, solo conforman una parte del mismo, son el fruto que muchas veces buscamos y atendemos, la parte visible y reproductiva de los hongos. Precisamente: “pensar que los hongos son solo las setas es como pensar que las personas son únicamente sus genitales” (Lim y Shu, 2022, p. 23). La clasificación de los distintos tipos de setas no es un objetivo relevante para el enfoque de este trabajo, pero sí su conceptualización. Cabe mencionar entonces que más allá de sus formas, colores, composiciones y tipos, todas ellas liberan esporas al medio.

Las esporas son órganos sexuales unicelulares, cada seta libera millones de esporas naturalmente y esto permite la continua reproducción del hongo. La esporada (conjunto de esporas de una seta) podría compararse con las semillas de una planta o incluso con el polen de una flor, pero en este caso, la seta es también su propia abeja.



[Secuencia de esporadas con un “hongo pimentero”, Fotografías de la autora]

Este factor no debe entenderse como una suerte de individualidad o independencia para subsistir, ya que al igual que todas las especies, los hongos necesitan tanto del medio como de

otras especies para sobrevivir. Tal como lo explica Tsing (s.f) “la interdependencia de las especies es un hecho bien conocido, excepto cuando se trata de los humanos” (Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 7). En la misma línea, Haraway (2019) puntualiza a esta interdependencia como “el nombre del juego mundano en la tierra (...) ese juego debe ser un juego de respuesta y respeto. Ese es el juego de las especies compañeras que aprenden a prestar atención” (p. 43).

Es así que concediendo atenciones estamos comprendiendo que cada seta necesita condiciones climáticas y especies compañeras específicas alrededor como condiciones de existencia. Los *Lactarius deliciosus*, también conocidos como níscalos o deliciosos, crecen en climas fríos y húmedos, acompañados por distintas especies de pinos. Las setas porcini crecen en ambientes fríos impulsados por las lluvias torrenciales, un poco de altura y la compañía de robles o pinos viejos para crecer. Las calvatias por otra parte, crecen generalmente en praderas, en épocas cálidas y soleadas, rodeadas de pastizales. Este entramado de diversas condiciones de existencia no sólo da cuenta de infinitas asociaciones interespecies, sino que explica el hecho de que algunas setas no crezcan en ciertas regiones del mundo, o en ciertas estaciones del año.

Entonces ¿Qué pasa con los hongos cuando no hay setas? ¿Hay hongos que viven solo una estación? Como mencionaba anteriormente, la seta es solo una parte del hongo. La otra parte de este organismo la conforma el micelio. El micelio es una red subterránea que puede estar unida a miles de plantas, crece a través de las esporas y “es tan fino que en una cucharadita de tierra puede haber cientos de kilómetros de este” (Lim y Shu, 2022, p. 37). Así como una red neuronal, “se compone de largos hilos, que se ramifican una y otra vez, creciendo en todas las direcciones posibles” (Schwartzberg, 2019, 10:05), es por esto que puede pensarse como un rizoma ramificándose “en todos los sentidos hasta sus concreciones en bulbos y tubérculos” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 12) o bien, hasta sus concreciones en setas. A través de esta figura rizomorfa, el hongo se comunica con el medio, generando relaciones simbióticas con otros organismos, en su mayoría, plantas.



[Micelio visible al pie de las setas *Macrocybe Titans* en Rambla Costanera (Shangrilá), Fotografía de la autora]



[Un pequeño brote micorrizando con una seta *gírgola*, Fotografía de la autora]

¿Cómo funciona esta simbiosis? Los hongos obtienen humedad y nutrientes de los árboles y plantas, mientras les permiten comunicarse entre sí. Así es como los árboles y las plantas se familiarizan utilizando el micelio como vías transmisoras de nutrientes, ayudando a otros árboles más débiles a curarse o crecer más rápido, manteniendo vivas a otras plantas del bosque, tejiendo estas simbiosis llamadas *micorrizas*. Aquí reside la potencia del micelio como rizoma, ya que estas familiarizaciones pueden darse por su principio de conexión en tanto “cualquier punto del rizoma puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 13). Al mismo tiempo, el micelio comparte con el rizoma el principio de ruptura asignificante, al decir de Deleuze y Guattari (2004):

Un rizoma puede ser roto, interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza según ésta o aquella de sus líneas, y según otras. Es imposible acabar con las hormigas, puesto que forman un rizoma animal que aunque se destruya en su mayor parte, no cesa de reconstituirse. Todo rizoma comprende líneas de segmentaridad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etc.; pero también líneas de desterritorialización según las cuales se escapa sin cesar (p. 15).

De esta manera, cuando cortamos una seta para su recolección, o bien cuando se tala un árbol o dañando una segmentaridad del micelio, este vuelve a crecer, a ramificarse, a regenerarse en

nuevas líneas de fuga, vuelve a ser y a hacer rizoma. El micelio crece “como un anillo hueco en expansión, de ahí que a veces se encuentren los llamados ‘anillos de hadas’” (Lim y Shu, 2022, p. 32), trazos mágicos de la naturaleza también conocidos como “corros de brujas”, huellas circulares de un conjunto de setas que denotan el crecimiento radial del micelio.



[Anillo de hadas, Fotografía de la autora]

Los “corros de brujas” pueden variar en tamaño al igual que los micelios, lo cual influye directamente sobre la distancia entre una seta y otra. Cuando el anillo es muy grande y las setas están muy separadas, el corro de brujas puede ser imperceptible para el ojo humano debido a su estatura. Es por esto que he aprendido a concederle atenciones a cada seta; cada vez que encuentro una, trazo una línea imaginaria alrededor de ella y la hago girar como un radio, buscando otra seta de la misma especie, como si intentara unir los puntos necesarios para trazar este círculo. Tal y como Deleuze y Guattari (2004) explican:

Seguir las plantas: comenzar fijando los límites de una primera línea según círculos de convergencia alrededor de singularidades sucesivas; luego ver si en el interior de esa línea se establecen nuevos círculos de convergencia con nuevos puntos situados fuera de los límites y en otras direcciones. Escribir, hacer rizoma, ampliar nuestro territorio por desterritorialización, extender la línea de fuga hasta lograr que englobe todo el plan de consistencia en una máquina abstracta (p. 17).

El reino fungi me envuelve en el acto de observar, aprehender y explorar comprendiendo la naturaleza de aquello que observo. Se trata entonces de *micorrizar*, de hacer rizoma con los bosques a través de la funga.

Valorizaciones a través de la palabra: flora, fauna y funga.

Las palabras no son inofensivas. Los discursos inciden en la conducta y en la vida de las personas, constituyen los procesos de producción subjetiva.
- Annabel Lee Teles, *Política afectiva*.

La legitimación de la palabra funga en analogía a los términos fauna y flora, es tan reciente como relevante. En la historia de la literatura mitológica (donde aparecen por primera vez los términos fauna y flora), los hongos fueron asociados a las plantas, “una opinión mantenida hasta bien entrado el siglo XX” (Kuhar et al., 2018, p. 71). Ciertamente, considero que el modo en que nombramos o excluimos del lenguaje a las *cosas del mundo* tiene que ver con una opinión, ya que contribuye a construir la concepción que tenemos sobre ellas.

Desde la etimología, la construcción y reconstrucción de nuestros saberes ancestrales, la delimitación de la funga como un término válido tiene una importancia que merece subrayarse, ya que data sobre un cambio en nuestros epistemes. Los hongos no pueden ser reducidos a plantas, ni encorsetados en un subgrupo dentro de otro neologismo. Tal como explican Lim y Shu (2022) “los hongos redefinen el ingenio, la colaboración, la resiliencia y la simbiosis. (...) Sin embargo, sabemos mucho menos sobre el reino fúngico que sobre el animal y el vegetal” (p. 11).

Además, es necesario tener en cuenta los crecientes avances en los estudios de la micología en conexión con diversas disciplinas, que datan sobre la **utilidad**⁶ que tienen estos organismos tanto para los seres humanos como para el cuidado del medio ambiente⁷, para comprender que este tipo de denominaciones constituyen un factor fundamental a la hora de divulgar, explicar, y emparentar a los hongos con otros modos de vida. “La aceptación internacional del reconocimiento de los organismos macroscópicos de la Tierra como Fauna, Flora y Funga, allana el camino para cambios sustanciales” (Kuhar et al., 2018, p. 74). Cambios necesarios también, si es que como humanidad elegimos tomar el regalo de los hongos y la oportunidad de transformar la vida a través de ellos, “las setas son una celebración, indicio de una nueva generación de hongos con billones de esporas las cuales volverán a iniciar el ciclo de este proceso, que lleva en marcha mil millones de años” (Lim y Shu, 2022, p. 33).

⁶ Esta perspectiva utilitarista será problematizada más adelante.

⁷ Hablo de la creación de alimentos veganos a bases de mohos y levaduras, cuya elaboración es sostenible (a diferencia que la de la industria cárnica) y de la existencia de setas capaces de descomponer plásticos y desechos tóxicos derivados de la extracción de petróleo (Lim y Shu, 2022).

Micorrizas: donde bosques, hongos y humanos se encuentran.

*Déjame ver como va entrando por mis pies,
es la tierra latiendo que va encendiéndome la piel
y puedo ver la raíz, sentirme tierra también.*
- Muerdo, Semillas.

¿Cómo dejar entrever este rizoma? Es tiempo de ser-hacer micorrizas entre hongos, bosques y humanos. Mi interés por las setas creció en paralelo a mi relación con el bosque, motivado especialmente por mi ingreso en el grupo de Facebook “Hongos del Uruguay” (que al momento cuenta con más de veintiún mil integrantes). A través de este tuve un acercamiento más profundo sobre lo que sabemos y hacemos en Uruguay en relación a los hongos. Distintas personas del país comparten sus hallazgos, recolecciones, dudas, información, y usos que le dan a distintos hongos⁸. Sin embargo, la mayor parte del contenido publicado en el grupo tiene que ver con la identificación y los hallazgos de setas silvestres comestibles.

En esta afortunada conjunción de sucesos aleatorios que hoy laten al mismo tiempo, surge en una tarde de invierno una conversación con mi pareja en la cual expresamos el deseo de salir a buscar y recolectar hongos, de probar, de aprender, de empezar a conocer e investigar sobre hongos silvestres y comestibles. Recordé entonces que en aquel bosque había visto algunas setas, por lo que fuimos hasta allí.

Este primer encuentro (sobre el cual profundizaré más adelante) fue un recorrido extenso pero rápido por el bosque, casi sin detenimientos. Arrancamos varias setas (por supuesto sin identificar), las colocamos en una canasta, volvimos a nuestra casa, las separamos en doce grupos distintos según sus características visibles y subimos la foto que adjunto a este párrafo al grupo *Hongos del Uruguay* con la pregunta que da nombre al siguiente apartado: “¿Comestibles o tóxicos?”



[Primer recolección, Fotografía de la autora]

⁸ Algunos de estos fueron impensados para mí como el uso de hongos para tinción de telas, extractos medicinales, dosis para tratamientos alternativos de depresión y ansiedad, laxantes y material para encender el fuego.

¿Comestibles o tóxicos? Más allá de una dicotomía ontológica

¿Qué es realmente lo que queremos saber, cuando preguntamos si una seta es comestible? Las preguntas por la comestibilidad (y por la toxicidad) son las más comunes en el grupo “Hongos del Uruguay” y también en las charlas con familiares, amigos y compañeros de trabajo, en las cuales menciono o muestro alguna seta. Es interesante entonces imponer una distancia ante esta pregunta que nos permita diseccionarla, para comenzar a observar y pensar en cómo interaccionan sus componentes.

Pareciera que les humanos encerramos al hongo en esta cuestión dicotómica que lo reduce a comestible o tóxico, excluyendo así un vasto abanico de cosas que puede ser un hongo. Parasitario, fluorescente, autóctono, silvestre, medicinal, tintorero, hermoso, frágil, pequeño, pesado, quebradizo, laminado, poroso o sin sombrero. El hecho de que ejemplifique con estas características no debe ser interpretado como un intento de re-encasillar y fragmentar en catorce nuevas clasificaciones lo que un hongo puede ser; sino como un intento de nombrar una parte de aquello que queda por fuera cuando pensamos en términos de comestibles o tóxicos.

Los hongos pueden ser de múltiples formas, pero además, son múltiples en sí mismos, “las multiplicidades son rizomáticas y denuncian las pseudomultiplicidades arborescentes” (Deleuze y Guattari, 2004, p. 14). La apariencia, el aroma, la sensación al tacto, la identificación, el nombre coloquial, el nombre científico, la información que otorgan sobre cada medio en el que crecen, la diversidad de especies que conocemos hasta el momento y la importancia que tienen para el planeta Tierra, parecieran no captar nuestra atención tan rápidamente. Sin

embargo, saber si un hongo es comestible o tóxico se nos antepone ante cualquier otra característica que pueda despertar nuestra curiosidad.

En las fotos que anteceden se puede apreciar que algunas setas silvestres son comestibles para las hormigas, pero los entramados de la vida en el bosque son mucho más vastos que mi registro fotográfico, también los caracoles y los guazuvirás tienen preferencias por cierto



[Hormigas alimentándose de setas en Parque Roosevelt, Fotografías de la autora]

tipo de setas a la hora de alimentarse. ¿Por qué no contemplamos estas posibilidades a la hora de preguntar por la comestibilidad? La imposibilidad de ver más allá de nuestra existencia humane es sólo uno de los tantos efectos que tiene la concepción antropocéntrica del mundo sobre nuestros epistemes. La pregunta parte y se orienta hacia les humanes ¿Qué efectos puede producir en nosotres? ¿Son estos efectos positivos, o negativos? ¿Son útiles para nosotres? ¿Podemos sacar provecho de ellos?

Esto me lleva a un segundo lugar en el análisis de esta cuestión, en tanto que además de imponer una dicotomía que socava la multiplicidad-fúngica-rizomática, esta pregunta acoge una distancia, una dinámica dicotómica, binaria, de ajenidad y otredad desde le humane-sujeto que pregunta hacia el hongo-objeto sobre el que se pregunta. Es así que asumo la compleja tarea de desarmar la dicotomía sujeto-objeto que sostiene a esta interrogante, entendiendo que esta ontología fungi, este sinfín de entramados y *contaminaciones colaborativas* (Tsing, 2023, p. 55) puede y debe prescindir de la antropocéntrica, utilitarista y moderna idea del sujeto.

En esta línea, Deleuze y Guattari (2004) explican que: “sólo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto o como objeto, como realidad natural o espiritual, como imagen y mundo” (p. 14). Por lo que hablar de los hongos y hacer rizoma con ellos no sería posible sin abandonar las leyes que impone esta dicotomía. La multiplicidad fungi no cabe en la pregunta por la comestibilidad, porque no se trata de lo uno y lo otro, lo comestible o lo tóxico, los sujetos y objetos del mundo, se trata de singularidades, de subjetivaciones interespecies y de *colaboraciones* para sostener y hacer posible la vida. ¿Cómo desarmar esta dicotomía sin atender a sus orígenes?

Rita Segato (2013) nos cuenta que el colonialismo, coloca a la racialización y la invención de la raza como la base fundante del sistema colonial, que estableció una jerarquía que permitió a los hombres “blancos” perpetuar a través del control del trabajo la organización desigual de estos pares binomiales (p. 48). Al decir de la autora, los “valores siempre referidos a la superioridad ultramarina y pautados con referencia a ella, como desarrollo; progreso; productividad; competitividad; neutralidad; relación desigual, desarraigada y distanciada de un sujeto que observa y administra un “objeto”-naturaleza” (2013, p. 48)” no hacen más que reflejar que el eurocentrismo, el sexismo, el racismo y el especismo son caras de una misma moneda.

Este par binomial entonces puede emparentarse a otros tantos con los que percibimos y nos relacionamos con el mundo a partir del colonialismo: primitivo-civilizado, oriente-occidente,

mágico/mítico-científico, mujer/disidencia-hombre, irracional-razional, tradicional-moderno, sujeto-objeto, productivo-reproductivo. Vandana Shiva (2018) nos invita a pensar en la naturaleza, las semillas y los cuerpos de las mujeres, esta vez no como figuras anónimas sino como *objetos* del mundo patriarcal y capitalista que comparten la función reproductiva y la pasividad, en una relación dicotómica *con el cuerpo del hombre* al que se le atribuyen la función productiva y la actividad. “La idea de actividad como algo puramente masculino, se construyó sobre la separación entre la tierra y la semilla y sobre la asociación de una tierra inerte y vacía con la pasividad de las mujeres” (Shiva, 2018, p. 259). Es así que en esta metamorfosis de la tierra y la semilla como símbolos, se reestructuran sobre el molde colonialista-capitalista-patriarcal las relaciones de género y por consiguiente, nuestra percepción de la naturaleza (Shiva, 2018). En este sentido la dicotomía discutida en este apartado se encuentra sujeta a tantas otras, dando cuenta de una amalgama de relaciones dicotómicas (y desiguales) basadas en cosmovisiones antropogénicas. Es este sujeto *productivo*, varón, blanco, poseedor y administrador de la Tierra el que habla a través de tantas voces cuando se pregunta sólo por la comestibilidad de una seta, o en su defecto, cuando concede atenciones solo a aquello que puede explotar, consumir y transformar en valor de cambio, mercadería, producción.

La dicotomía comestible-tóxico no sólo nos habla de una objetivación de la naturaleza y de las mujeres, si no que da cuenta del modo moderno de organizar la vida y de distribuir lo necesario para hacerla posible: cuerpos, alimentos y relaciones afectivas (Teles, 2020). Por lo que transformar esta dicotomía en multiplicidad, hacer rizoma entre humanos y hongos es una de las tareas que asumo en este trabajo desde mi propio cuerpo, desde mi ser-mujer, enfrentada de antemano al desafío de desterritorializar(me)⁹ de este modo antropocéntrico de ser y estar en el mundo que también me constituye. Sin embargo, en lo que respecta a los territorios, los habitares y los hongos, la teoría no será suficiente, la tarea de romper esta dicotomía sujeto-objeto (o bien podría decir humane-hongo) requiere de la práctica.

⁹ Vinciane Despret (2022) define la desterritorialización como el acto de deshacer un agenciamiento para reterritorializarse otro (p. 94).

La recolección de setas silvestres como práctica alegre.

Si hay algo humano en meter algo que quieres, porque es útil, comestible o hermoso, en una bolsa, o una canasta, o un trozo de corteza (...) y luego llevártelo a tu hogar, siendo ese hogar otro tipo de bolsa o saco más grande, un recipiente para personas, y luego sacarlo y comértelo o compartirlo o guardarlo para el invierno (...) y al día siguiente probablemente hacer casi lo mismo de nuevo; si hacer eso es humano, si eso es lo que hace falta, entonces yo soy un ser humano después de todo. Plena, libre y gustosamente.
- Anna Tsing, *Los hongos del fin del mundo*.



[Boletos negros en el este montevideano, Fotografías de la autora]

¿Cuándo toqué una seta por primera vez? No puedo acceder a ningún registro en mi memoria que me permita responder esta pregunta. No encuentro un espacio-tiempo específico, ni un recuerdo al que volver para pensarme en el tacto, en el aroma o en la mirada. ¿Cómo retornar al origen de esta relación afectiva? ¿Existe tal origen? ¿Cómo aprender a pensarme en relación sin un punto de partida? Hablar de mi primer recolección, no solo implica hablar de un primer contacto **intencionado** con los hongos, sino de una alteridad en esta relación afectiva (Teles, 2020) que guardo con ellos, tal vez desde niña, tal vez desde siempre.

Esta expedición inscribe un punto de inflexión y de subjetivación interespecie en mi, a partir del cual comparar lo que fueron las siguientes recolecciones, es decir que denota parte de este proceso de aprendizaje que tiene que ver con una ontología del ser y habitar con otras especies. Por otra parte, este paseo también sitúa el comienzo de lo que fueron las observaciones y pensamientos críticos que tuve como recolectora de hongos silvestres en torno a las prácticas y dinámicas violentas a través de las cuales los humanos nos relacionamos con los territorios.

¿Cómo pensar la violencia hacia los territorios desde mi ser-mujer, cuando mi cuerpo es también un territorio violentado? Este lugar me incomoda. “Los ecofeminismos parten de la idea de que existen vínculos entre la subordinación de las mujeres (y otros grupos sociales marginalizados) y la explotación de la naturaleza (Warren, 2003)” (Zuluaga, 2020, p. 301-302). ¿Qué violencias estoy perpetuando? ¿Hacia qué cuerpos está dirigida esta violencia? De alguna manera, dañar el bosque, dañar el cuerpo del mundo, comienza a sentirse como dañar mi propio cuerpo¹⁰. Me sirvo de los ecofeminismos para cuestionar esta legitimación de la violencia “contra lo que es visto social y culturalmente como femenino o próximo a la naturaleza” (Zuluaga, 2020, p. 303). ¿Cómo cuestionar(me) entonces sin cuestionar mis prácticas?

La violencia de esta búsqueda, guiada por la ambición por consumir y por la ignorancia, es un factor que no puedo obviar ahora y que sin embargo fue imperceptible en aquel momento. Algo del orden de lo acumulativo, de obtener, de ganar, fue lo que conformó no el motor de la búsqueda pero sí el modo. La violencia hacia la naturaleza y los territorios, se expresaba cada vez que arrancaba una seta. Teniendo en cuenta que no había identificado ninguna, no había razón para recolectar más de una de cada especie, ya que en caso de no ser comestibles (como resultó con la mayoría) habría arrancado setas innecesariamente, interrumpiendo su proceso de reproducción a través de las esporas y por lo tanto, parte de su expansión y reaparición en el medio.

¿Cómo practicar desde el cuidado? ¿Cómo recolectar para expandir?

Estas preguntas hablan de un modo de hacer mundo(s), hacer psicología(s), tejer relaciones. Lejos de intentar establecer una cuestión moral en torno a la recolección, estas anotaciones buscan mostrar la relevancia que habita en nuestros modos vinculares como parte de lo que he aprendido en este trayecto. Si queremos recolectar para cuidar y expandir los micelios, si queremos hacer rizoma con el bosque, conviene comenzar por identificar cada seta antes de cortar. Cuando se recolecta para consumir, no hay razón para arrasar en el camino con especies no comestibles, ya que estaríamos alterando los ecosistemas tomando setas que no vamos a utilizar. La identificación es fundamental a la hora de recolectar *apropiadamente* una seta, y con *apropiadamente* me refiero a **volvemos apropiados** (Despret, 2022) como recolectores para el medio del cual vamos a separarla, ya que en muchos casos es

¹⁰ “Las mujeres son tratadas e invisibilizadas, así como los bienes comunes son tratados como mujeres” (Zuluaga, 2020, p.303).

conveniente cortarlas desde el pie en lugar de arrancarlas para no dañar el micelio¹¹, aunque como ya he mencionado, este organismo rizomático seguirá creciendo por diferentes líneas de fuga. También es conveniente portar una canasta que permita el esparcimiento de las esporas que liberen las setas, un cuchillo para cortarlas y un pequeño espejo para identificar las setas



[Canasta permeable, Fotografía de la autora]

observándolas desde abajo, sin tener que cortarlas previa(innecesaria)mente.

Desearía haber aprendido este modo de recolección antes, pero no fue así. Esa tarde de invierno, arrancamos setas que podrían haber sido cortadas, dañando el micelio sin saberlo. Aunque debo destacar como positivo que ignorando las consecuencias maravillosas que tendría, colocamos las setas en una canasta de mimbre que permitía el esparcimiento de las esporas a lo largo del bosque, hecho que se presenta imposible cuando se recolecta en recipientes cerrados.

Pensar en esta manera de recolección consciente me lleva a pensar en una nobleza digna de las abejas, quienes trasladan y entregan el polen para que prolifere la flor. Aunque sé que el ciclo de cada hongo termina en su descomposición, en su vuelta a la vida en forma de espora, por lo cual no necesitan de humanos con aires de abeja para trasladar ni entregar su polen. No obstante, he de reconocerme a mí y a tantos recolectores que la manera en la que afectamos los territorios efectivamente *hace la diferencia*, las relaciones entre humanos y hongos no se inscriben en marcos de generosidades, si no de *beneficios mutuos*. Al decir de Donna Haraway (2019a) “la responsabilidad, preocuparse por, ser afectado por, e ingresar en la responsabilidad no son abstracciones éticas; estas cuestiones mundanas y prosaicas son el resultado de colaborar unos con otros” (p. 63), y esta colaboración a través de la cual nos transformamos es “nos guste o no, la condición humana” (Tsing, 2023, p. 62). ¿Qué atenciones concedemos a estas colaboraciones? ¿Cómo valoramos las *contaminaciones colaborativas* (Tsing, 2023) que dan paso a la transformación interespecie?

¹¹ Esta afirmación no aplica para todas las especies de hongos, existen otras como las calvatias, las trufas o los boletos negros que se recolectan como tubérculos, arrancándose cuidadosamente sin dañar el micelio.

Donna Haraway (2019b) expresa que “estamos en un nudo de especies que se dan forma unas a otras en capas de compleja reciprocidad(...). La respuesta y el respeto son posibles solo en esos nudos” (p. 70). En consonancia con la autora pienso que las *especies compañeras* pueden dar cuenta de un modo de vivir que como humanidad no hemos aprendido, el “ser «educado» en una relación responsable ante la asimetría de la vida y la muerte, lo que nutre y lo que mata” (p. 70). Debemos aprender a cultivar la respuesta, el respeto y la **responsabilidad** en este mundo, allí donde prima la violencia y la desidia.

Ser responsables deviene modo colaborativo de ver y hacer, deviene práctica adquirida como producto de un aprendizaje colectivo y constante. Vuelvo al grupo “Hongos del Uruguay” desde el cual compartimos recolecciones, ideas, conocimientos, dudas y bibliografías. Este grupo fue guía a la hora de identificar o diferenciar setas, limpiarlas, cocinarlas, conservarlas, buscarlas y recolectarlas. A su vez, a través de este conocimos algunas actividades que se realizan en Uruguay en relación a los hongos: charlas abiertas a todo público, exposiciones, intercambios, conferencias y mis favoritas: los micosenderos.

Esta actividad consiste en un recorrido junto a micólogos y micófiles¹² por senderos de distintas partes del Uruguay. ¿Qué nos convoca en estos recorridos? Buscar setas, caminar lento, detenernos para identificarlas y reconocerlas; apreciando cada hongo que se encuentre en el camino. Frecuentar estos espacios colectivos conforma una excelente oportunidad de aprender juntos, de compartir el saber, de tejer redes micelares-rizomáticas entre humanas y hongos, protegiendo los territorios en los que recolectamos. Los micosenderos nos permiten practicar la activación sensitiva, en tanto como expresan Giraldo y Toro (2020) “habitamos activamente, moviéndonos, tocando, escuchando, oliendo, saboreando, dejándonos ser afectados, realizando acciones en el lugar habitado” (p. 65).

Es así que la recolección como práctica alegre, colectiva y consciente responde al ejercicio de una *ética ambiental*: “un descentramiento de la mismidad, la apertura hacia el mundo, y la afectación que produce la proximidad con los demás cuerpos” (Giraldo y Toro, 2020, p. 65), transitar senderos con otros es un modo de aprender a **conceder atenciones**. Tal como explica Despret (2022) “conceder asume el doble sentido de “prestar atención a” y de reconocer la manera en que otros seres son portadores de atenciones. Es otra manera de declarar importancias” (p. 13). En este sentido, prestar atención a los hongos es conceder también las atenciones que ellos mismos conceden al medio, a los árboles con los que

¹² Estudiantes y amantes de los hongos.

micorrizan, a los suelos donde crecen, a los otros hongos con los cuales se comunican y a las diversas especies que los consumen.

Es usual que las setas crezcan escondidas debajo de la pinocha o en zonas tupidas de pasto alto, acto que configura un modo de supervivencia en la medida en que les permite a las setas garantizarse la sombra y humedad que necesitan para vivir. Lim y Shu (2022) expresan que “los hongos responden a las señales del entorno, tales como las fuentes de alimento, la competencia y los patógenos, mediante una sofisticada señalización química de cuyo funcionamiento sabemos muy poco” (p. 25). A través de los micelios, las especies de hongos eligen cuando y donde desarrollar sus setas para reproducirse. Atender esta diversidad de especies y sus respectivas condiciones de existencia me conduce a atender las atenciones que ellas mismas conceden a los territorios, a los espacios temporales específicos en los que cada especie puede existir, a las especies compañeras necesarias para su supervivencia y a las condiciones climáticas en las que crecen. En definitiva, aprendo a *volverme apropiada* para las setas en el propio ejercicio de prestar atención (Despret, 2022).



[Setas escondidas, Fotografías de la autora]

De la misma manera, he encontrado que al igual que yo, otros micófiles hemos aprendido a conceder atenciones tal vez “enfrentados de entrada con la diversidad de las especies” (Despret, 2022, p. 34), lo cual nos obliga a comparar para identificar. Este abordaje comparativo exige y nos envuelve “en una auténtica cultura del tacto, de la atención a las diferencias y a las especificidades, y de la preocupación por lo que cuenta” (p. 34). En esta misma línea, Haraway (2019a) expresa que:

El tacto no empequeñece; salpica a quienes participan de él con espacios de apego para crear mundos. El tacto, la consideración, devolver la mirada, devenir-con –nos hacen responsables, en formas impredecibles, de los mundos que se constituyen–. En el tacto y la consideración, los compañeros, les guste o no, entran en el barro mestizo que llena nuestros cuerpos con todo aquello que produjo ese contacto. El tacto y la consideración tienen consecuencias (p. 63).



[Recolecciones de *Macrocybe Titans*, deliciosos y *lepistas*, Fotografías de la autora]

Los hongos y bosques nutren esta cultura del tacto, favorecen la creación de nuevos *mundos mutuos* (Tsing, 2023, p. 55) tejiendo relaciones afectivas (Teles, 2020) entre aquellos que elegimos habitarlos; hacen posible la empatía como práctica que implica “convertirse en un sujeto que tiene la inquietante obligación de la curiosidad” (Haraway, 2019a, p. 64). En esta misma línea es que Anna Tsing (s.f) una mujer escritora, antropóloga y recolectora de hongos nos cuenta desde su experiencia que “el pasear y el amor por las setas se engendran mutuamente (...) Después de las lluvias, el aire huele fresco con ozono, savia y hojarascas, y mis sentidos están vivos de curiosidad” (Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 1).

Quizás sea por esta empatía, por esta curiosidad que la experiencia de recolectar hongos me hace sentir conectada y viva, o mejor aún, **conectada con la vida**. Lim y Shu (2022) explicitan que somos cada vez más cantidad de personas que buscamos “la seguridad y la conexión con la naturaleza” (p. 57) y que esto genera que los recolectores nos veamos envueltos en un nuevo gusto por las setas silvestres (p. 57). Oportunamente, el autor aclara que esto no ubica a la recolección de alimentos como la forma predominante de subsistencia para los humanos, pero sí la ubica como un modo de recuperar la sensación de autosuficiencia que -agrego- nos

ha quitado el capitalismo a través de la venta de lo que Ailton Krenak (SELVAGEM, 2024) llama *imágenes de la naturaleza*.

Las personas alrededor del mundo buscan la reconexión con eso que llaman naturaleza, al mismo tiempo que consumen imágenes de la naturaleza, producidas por la industria (...) Pero en realidad las personas están siendo engañadas con una idea sobre la naturaleza que es una ilusión (7:01).

La industria de la comida, por ejemplo, nos ofrece una gran variedad de *imágenes* como *productos alimenticios*, entre ellos frutas, verduras y hongos. Recolectar nuestras setas entonces deviene un acto político que puede pensarse como modo de recuperación de esta autosuficiencia, que nos permite canalizar y honrar las habilidades ancestrales de búsqueda y preparación de nuestros propios alimentos (Lim y Shu, 2022).

Vuelvo a esta (re)conexión humane-naturaleza de la que nos habla Krenak (SELVAGEM, 2024), que me recuerda a aquel binomio humane-hongo a partir del cual pensaba esta concepción antropocéntrica de ajenidad con la naturaleza. Apuntar hacia esta reconexión, ¿no es establecer que a priori estamos separados? ¿Les humanos no somos parte de la naturaleza? “Naturaleza en Latin, simplemente significa nacer. Entonces todo lo que nace es naturaleza. Pero ahora pensamos que los humanos no somos naturaleza, solo los árboles, animales, pájaros y ríos son naturaleza. Ese es el problema de nuestro pensamiento moderno” (SELVAGEM, 2024, 9.40). Así como la idea de re-conexión con la naturaleza es producida y vendida por el capital a través de estas *imágenes*, es posible que tanto la recolección de setas silvestres como su venta y consumo también lo sean.

Es por esto que insisto en la recolección como una práctica alegre que trasciende la re-conexión con la naturaleza, se trata entonces de una re-conexión con nosotros. Esta práctica no se agota en el bosque, continúa cuando vuelvo a mi casa, limpiando y disecando las setas con el sol o en el calor del fuego para consumirlas durante el año, para regalarlas y compartirlas con otros. Continúa incluso cuando las consumo, cuando tengo la fortuna de percibir el sabor de algo que busqué y encontré con afecto. La recolección de setas silvestres y el gusto por todos los hongos me llevó a conectar con otras personas, con libros, documentales, fotografías, comidas e incluso con la idea de este trabajo. Mi interés por los hongos, fuertemente ligado a un bosque de El Pinar, continuó por bosques de otras ciudades y departamentos, se expandió como el micelio, como un rizoma que me condujo a otros suelos,

ramblas, balnearios, rutas, jardines y viveros, hasta hacerme comprender que siempre camino sobre el micelio.

No obstante cabe mencionar que no todos los recolectores son micófilos, no todos devuelven la mirada, devienen con el tacto, asumen la responsabilidad de la consideración y sus consecuencias. O cuanto menos, no todos utilizan las mismas prácticas, ni son afectados de la misma manera por los hongos, el bosque y la naturaleza.

Prácticas antropogénicas: sobre la recolección comercial y mercantilización de las setas.

*Y cuando ya la tierra no tenga un río claro,
ni una montaña verde, ni una pradera blanca,
apropiarse del aire, trepar a lo más alto de las cosas.
Migrar hacia otra tierra donde empezar de nuevo,
a matar cada cosa, como si fuera esa
la única misión de nuestra especie.*
- Horacio Cavallo, Pájaros.

En el apartado anterior describo a la recolección consciente y la contextualizo como un proceso de aprendizaje, como resultado de una relación afectiva (Teles, 2020) entre recolectores, bosques, setas y naturaleza. Sin embargo es necesario explicitar que este proceso de aprendizaje no es el único posible. Existen otros modos, también aprendidos, en los que les humanos nos relacionamos con el medio, con el territorio, y sobre todo con aquellas otras especies que podemos utilizar, consumir y comercializar. Este es el caso de animales, plantas, y setas, entre ellas los niscalos, setas que pueden encontrarse e identificarse fácilmente en pinares del Uruguay, sobre todo en las estaciones más frías.



[Familia de niscalos (deliciosos),
Fotografía de la autora]

Afortunadamente, estas setas crecen también en este bosque amiguo, y debido a su sabor particular que les da el nombre coloquial “deliciosos” y a su popularidad, es que también son comercializadas por recolectores. A fin de problematizar y repensar la práctica de la recolección comercial, es que narro esta experiencia.

Terminaba el invierno del 2022 y con él la temporada de esta y otras setas que crecen en invierno y que busco cada año en este bosque. Los pinos y la humedad constituían el ambiente propicio para su crecimiento. Es así que en ese año de mucha sequía, la lluvia de los últimos días prometía al bosque algo de humedad extra y por consiguiente, la posibilidad de que los niscalos brotaran por doquier, por lo cual decidí ir a buscarlos.

Observé que en varias de las zonas donde solía encontrarlos solo quedaban partes del pie de las setas, aparentemente habían sido cortadas. Me sentí encantada por la idea de que otras

personas transitaran el mismo bosque, el mismo *lugar familiar* (Tsing, s.f., Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 2) recolectando las mismas setas. Después de todo, “los lugares familiares de recolección no requieren una exclusividad territorial; otros seres –humanos o no– también los aprenden. Sus geografías expansivas y superpuestas se resisten a los modelos comunes que dividen el mundo en “tu espacio” y “el mío” (Tsing, Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 3).



[Territorio común, Fotografías de la autora]

Envuelta en la expedición, noté que algunos pájaros cruzaban el cielo del bosque, sobrevolándome rápidamente. Sus cantos y aleteos irrumpieron la armonía de un silencio adornado por el sonido de mis botas que atravesaban el pastizal, y el vaivén del viento en las ramas más altas de los pinos. Percibí algunos movimientos que provenían del mismo lugar que aquellos pájaros, sentí el cambio del ritmo del bosque, o cuanto menos, de mi propio ritmo. Pude ver a lo lejos que dos hombres con *recipientes rebozados de setas*, caminaban hacia mí. Bajé las alertas y continué buscando, ideando intercambios posibles con mis compañeros recolectores, amantes de los hongos y de los bosques. Sin embargo, ninguno de estos intercambios sucedió.

Al cabo de unos minutos estos dos recolectores finalmente se acercaron, nos saludamos y me preguntaron como iba mi recolección. Respondí que iba bien mientras les mostraba mi canasta que contenía unas seis setas. La miraron con recelo y rieron, me indicaron con el índice la zona del bosque desde donde venían diciendo que allí “estaba lleno”, y que si no encontraba les podría comprar sobre la ruta ya que eran vendedores. Recorrí cada zona del bosque antes de volver a mi casa, sin atender más que las huellas dejadas por estos recolectores: la pinocha revuelta y los pies de los niscalos cortados. Este encuentro me había dejado inquieta.

¿Por qué recolectaron incluso las setas más pequeñas? ¿Sabrán que en su etapa primoidal, carecen de suficiente desarrollo para poder esporar y reproducirse? ¿Por qué utilizaron baldes de pintura para recolectar? ¿Sabrán que si recolectamos en recipientes cerrados, las esporas quedarán atrapadas en él sin poder renovar su ciclo de reproducción? y, si supieran que este modo de recolección trunca que este bosque siga *produciendo* setas, ¿lo cambiarían? Recuerdo la impunidad con la que tiré todas las setas de mi primer recolección a la basura cuando supe que no las podía consumir. Estas *prácticas antropogénicas* también me componen.

Pienso en recursos finitos como las aguas y la tierra, en seres vivos como animales y plantas, y en lo que como humanidad les hemos hecho aún a sabiendas de su finitud. Tal vez estas prácticas no hablen de un *saber* sobre las especies, sino de un modo de concebir a lo vivo, a lo no humano. Estas *otras prácticas* pueden pensarse como un producto de la ontología antropocéntrica en tanto: “heredan una misma concepción moderna de la naturaleza que las contamina: la idea de que el ambiente es primero y sobre todo -y quizás solamente- un recurso que explotar. Un bien apropiable que somos libres de usar y de abusar” (Despret, 2022, p. 88).

La venta de setas comestibles es una práctica común en esta ciudad, especialmente la de niscalos y hongos de eucalipto. Pienso que la elección de recolectar en recipientes herméticos como son los baldes de pintura, seguramente tenga que ver con su capacidad para guardar una mayor cantidad de setas, y no con un acto intencionado a interrumpir la reproducción de los hongos. Esta práctica no tiene como objetivo destruir los bosques ni erradicar las setas, constituye una de las tantas formas que los humanos encontramos para subsistir en los márgenes del mercado moderno. “La recolección de hongos silvestres con fines comerciales es un ejemplo de subsistencia precaria, sin ninguna seguridad” (Tsing, 2023, p. 25).



[Venta de setas silvestres sobre Avenida Giannattasio, Fotografía de la autora]

La recolección comercial de hongos nos permite ver las costuras del capitalismo global. No sólo hay lugares diferenciados y productos específicos, sino que las formas de conocimiento y gestión de los recursos son muy divergentes y sólo están conectadas tímidamente en la cadena de productos del hongo (Tsing, s.f., *Hongos en un paisaje multiespecie*, párr. 3).

Mientras los recolectores comerciales venden las setas sobre las rutas, y para ello dependen exclusivamente del clima, los suelos y las estaciones del año (tal y como los pequeños agricultores) existe toda una cadena de productos derivados de los hongos y comercializados a gran escala a lo largo y ancho del mundo.



[Crecimiento de un kit de autocultivo de gírgolas rosas, Fotografía de la autora]



[Avistamiento de gírgolas grises y silvestres, Fotografía de la autora]

En Uruguay, existen restaurantes que cocinan todos sus platos con setas, las compran a recolectores comerciales y luego las venden en preparaciones gastronómicas incrementando exponencialmente ese costo (ahora ganancia) en nombre de la innovación y el veganismo. Existen emprendimientos de ventas de kit de autocultivo de “hongos gourmet”, que contienen micelio en una caja de cartón, y que *producen* hasta tres series de setas si el micelio es pulverizado con agua. Si bien la *producción* de estas setas es más sostenible que la de otros alimentos insertados en el mercado, en tanto el sustrato que utilizan para insertar el micelio es biodegradable, es importante señalar que estas setas también crecen de manera silvestre, por lo que podemos acceder a ellas gratuitamente aunque esto no sea de conocimiento público, tal vez por no ser funcional al mercado.

Este emprendimiento vende también sustratos preparados, micelios para el cultivo de setas y cursos sobre hongos comestibles y medicinales. Pero hubo un producto específico que captó mi atención, se trata de una “fructificadora” a la que llamaron SmartFungi, una auténtica *imagen de la naturaleza* (SELVAGEM, 2024).



(BosqueTerra, 2024)

Este dispositivo cuenta con control de humedad, ventilación e iluminación, lo cual te permitirá obtener hongos que hubiese sido impensado cultivar en casa (...). Es muy sencillo: encarga tu bloque de cultivo, colócalo en el dispositivo y producí tus hongos. Si te vas el finde o te vas de viaje no es problema, SmartFungi hace su trabajo (BosqueTerra, 2024).

Así es como publicitan el producto en las páginas web del emprendimiento, este *maravilloso producto del capital* viene a simular nada más ni nada menos que la función de un bosque en la proliferación de diversos hongos, en esta oportunidad, vendidos en bloques. Así, **poner el cuerpo** en la naturaleza, buscar, atender y aprender las especies compañeras de cada seta para poder encontrarlas, deja de ser necesario. Toda la magia del bosque se comprime en un dispositivo moderno, capaz de regular la humedad, ventilación e iluminación que puede generar vida a partir de una célula. Este innovador producto del capital habla de la divergencia en la gestión de recursos que mencionaba anteriormente, en tanto queda tímidamente conectado al hongo como tal. Este dispositivo de algún modo, viene a intentar cooptar la función de la tierra en interrelación con otras especies.

Al mismo tiempo, existen otras prácticas cuyo modo es cooptar la tierra en sí misma para poder extraer sus recursos. Hemos visto a través de la noción de territorio que cuando hablamos de recolección de hongos silvestres, los espacios públicos y privados se *unen, desunen y desdibujan*. Los recolectores atendemos al clima, a las zonas, a los árboles que acompañan a las setas para llegar a ellas. Sin embargo al encontrarlas, muchas veces chocamos contra el tejido literal y simbólico de la *propiedad privada*. No todos tenemos conocimiento de donde están los bosques que reúnen las propiedades específicas para encontrar cada seta, ni de a *quienes pertenecen*. Este es el caso de los porcini, setas que adquirieron un alto valor gastronómico en Italia y España, siendo de las más codiciadas. En Uruguay, se pueden encontrar en el Este, en bosques de Santa Ana, Tacuarembó, Rocha y Maldonado, o al menos esto pensaba hasta que encontré por primera vez un ejemplar en las alturas de una localidad de Canelones llamada “Estación piedras de afilar”. Los porcini crecen acompañados de robles y pinos viejos en suelos con algún tipo de relieve, disfrutan de las lluvias torrenciales y el frío como clima ideal para crecer, lo cual implica que no sea fácil encontrarlos en nuestro país.

En esta comunidad de aficionados por los hongos, son pocas las personas privilegiadas que tienen acceso y conocimiento sobre los bosques en los que crecen. Estas personas llegan a recolectar hasta 380 kg de setas en una sola expedición y aún así eligen restringir esa información. Curiosamente estas recolecciones suceden en bosques públicos, o en estancias

de amigos a los cuales conocen. Este modo particular de privatizar el acceso a la información contribuyen a lo que llamo un “elitismo del conocimiento” que, de algún modo, también es una forma de control. Estos bosques, aunque públicos, acaban siendo a tales efectos suyos, y por consiguiente también sus hongos. Estos son valorizados (al igual que toda mercadería) por su valor de cambio y no de uso.

Considero que las diferencias entre prácticas alegres y antropogénicas, no solo están conectadas con el uso final que se le da a los hongos como recursos, o a las atenciones que les humanas podemos conferir sobre ellos. Estas diferencias también radican en el tipo de relación afectiva que se tiene con el territorio y en la posibilidad de encontrar recursos con valor de cambio dentro del mismo. “La competencia como modo de pensamiento se impone mucho mejor en la medida en que el territorio se define por la calidad de los recursos alimentarios” (Despret, 2023, p. 71). Las prácticas antropogénicas no conciben a los hongos como comunes, sino que por un lado responden al mundo y al mercado moderno favoreciendo la acumulación y la competencia, y por el otro responden a las leyes del derecho a la propiedad, concebido como un derecho individual que se apoya en el modo moderno de valorizar la tierra, los cuerpos y los afectos y que exige delimitaciones y garantías de posesión, “una teoría filosófica del sujeto, la del individualismo posesivo que reconfigura la sociedad política como un dispositivo de protección de la propiedad de los individuos” (Despret, 2022, p. 20).

Al decir de Vinciane Despret (2022) “con esta nueva concepción de la propiedad, se asiste a la erradicación de lo que hoy en día se llaman los *commons*, que eran objeto de usos colectivos, coordinados y autoorganizados de los recursos comunes, como canales de riego, pasturas comunes, bosques” (p. 21). Esta concepción del derecho a la propiedad privada trasciende cada bosque, se extiende a otros tipos de espacios y territorios, se extiende a todos los cuerpos, e incluso a las relaciones humanas. Así como los europeos creyeron “descubrir” América, les humanas creemos descubrir especies de fauna, flora y funga, creemos descubrir lugares en donde encontrarlas y finalmente, creemos que son nuestros. De la misma manera en que América hizo posible a la Europa tal como hoy la conocemos, porque la alimentó con las riquezas que expropiaron (Segato, 2012) podemos pensar en cómo los hongos hacen posibles nuestras existencias. Provenimos de la tierra, quizás de los micelios, y no al revés. La funga nos descubre como humanas más amables, enredados y solidarios posibilitando otra ontología humana. “Tú que buscas un mundo de compañeros que se alimenten mutuamente, piensa en los hongos” (Tsing, Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 3).

Destiempos: posibilidades de subsistencia y regeneración de la vida en los márgenes del Capitaloceno.

*La mitad del mundo medio muerto,
hace tiempo pierde el tiempo
en odiar en vez de amar.*

- *Diego Martez y Charo Bogarín, El viento al fin serás.*

Hablar de subsistencia y regeneración de la vida significa prestar atención a quienes la sostienen y como hemos visto, esto implica hablar de los hongos. Ana Tsing (2023) en su libro “Los hongos del fin de mundo” teje un entramado de lo más interesante entre recolectores, hongos, capitalismo y regeneración de la vida. Comparte sus andanzas en los bosques de Oregón, donde crecen las setas Matsutake que además de conformar el sustento económico de recolectores con diversas historias de vida, pueden hablarnos de su propia subsistencia. Los Matsutake supieron resistir a la expropiación y tala masiva de estos bosques, actividad que alimentó a empresas leñeras durante décadas hasta que ya no hubo *recursos* que explotar. Sobre las ruinas de los bosques de Oregón (y de muchos leñadores que subsistían gracias a esta práctica) crecieron los Matsutake, tejiendo un micelio que unía a recolectores y compradores de diversas etnias y partes del mundo en un entramado colaborativo justo allí, en los márgenes del Capitaloceno¹³ (Haraway, 2019b), *en las ruinas capitalistas*.

Al mismo tiempo, otros bosques y territorios vivos son devastados en manos de una economía neoliberal desarrollista capitalista y extractivista. Mientras consumimos el fuego en el televisor que nos ofrece la industria cinematográfica, allí afuera, *el mundo arde de verdad*. El constante consumo de la narrativa hegemónica nos ha hecho creer que nada puede cambiar, y que intentar redirigir nuestras prácticas a un lugar más amigable con lo(s) otro(s), no es más que un acto insignificante frente al cuerpo creciente de la crisis climática.

¿Cómo podemos pensar en tiempos de urgencia sin los mitos autoindulgentes y autogratificantes del apocalipsis, cuando cada fibra de nuestro ser está entrelazada en, y hasta es cómplice de las redes de procesos en los que, de alguna manera, hay que involucrarse y volver a diseñar? (Haraway, 2019b, p. 67).

Lejos de reforzar la impotencia como un lugar-sentir común frente a la naturaleza, la discusión del Antropoceno/Capitaloceno viene a invitarnos a pensar este modo de ser-hacer-con otros cuerpos, viene a exigir una respons-habilidad (Haraway, 2019b) sobre la vida.

¹³ Machado (2023) define al Capitaloceno como un sistema de gestión “propiamente colonial de disposición y administración de energías y seres vivos, ya exclusivamente codificados en términos unidimensionales de “recursos” (sea “materias primas” o “fuerza de trabajo”) mercantilizados/mercantilizables” (p. 416).

Estos tiempos llamados Antropoceno son tiempos de urgencia para todas las especies, incluidos los humanos: tiempos de muertes y extinciones masivas; de avalanchas de desastres cuyas impredecibles especificidades son tomadas estúpidamente como si fueran la inteligibilidad en sí misma; del rechazo a conocer y cultivar la capacidad de responsabilidad; del rechazo a estar presentes a tiempo para el embiste de la catástrofe; de un mirar para otro lado sin precedentes (Haraway, 2019, p. 66).

Es así que hemos llegado “al fin del mundo geológico hasta ahora conocido por la humanidad (...) a la muerte definitiva de las regularidades del Holoceno y el ingreso a una materialidad completamente incógnita y extremadamente desafiante” (Machado, 2023, p. 410). En este nuevo régimen climático, los humanos no tenemos experiencia alguna de supervivencia. (Machado, 2023). ¿Cómo vamos a vivir?

Tal vez los hongos tengan algo para contarnos. Estos seres milenarios “han sobrevivido a las cinco extinciones masivas y aportan innovadoras soluciones para seguir proliferando en nuestro planeta” (Lim y Shu, 2022, p. 11). Además de presenciar los mayores cambios geológicos de la Tierra, han contribuido a crear, sostener y desarrollar los entramados colaborativos necesarios para la supervivencia de otras especies. Los hongos y bacterias son los únicos organismos vivos del planeta que cuentan con experiencias anteriores de adaptabilidad y colaboración para sostener la vida, incluso para *regenerarla*, ya que como mencioné anteriormente estas especies fúngicas reciclan los suelos del mundo descomponiendo materia muerta y devolviendo los nutrientes al medio en el que habitan.

Este momento histórico y aparentemente irreversible al que asistimos como humanidad, acarrea consigo la vida y el habitar de diversas razas, etnias, cuerpos, especies de animales y plantas; todas ellas colocadas forzosamente al servicio, uso, abuso y beneficio del ser humano, centro, amo y señor de esta Tierra. Esta relación de exterioridad con la naturaleza (Segato, 2012) no es más que la condición necesaria para la explotación y apropiación de los territorios, condición que sostiene el “paradigma occidental del crecimiento sin límite” (p. 55), o dicho de otro modo: la idea de desarrollo.

La idea de desarrollo se sostiene en construir un fin único para cada cosa del mundo que pueda ser considerada un *recurso*: la escalabilidad. ¿Qué es la escalabilidad? Anna Tsing (2023) define este término como la capacidad que tiene un proyecto/empresa/investigación/producción para aumentar su escala sin alterar los marcos en los que se estableció inicialmente (p. 71). A modo de ejemplo, así como los tomates crecen en

un huerto orgánico siempre que haya semillas, tierra, sol, agua y hongos, también pueden hacerlo en millones de hectáreas destinadas a su plantación y producción, sin tener que modificar los elementos necesarios para llevar a cabo este proyecto.

El éxito de la expansión mediante la escalabilidad configuró la modernización capitalista. Al concebir cada vez más el mundo a través del prisma de la plantación, los inversores idearon toda clase de nuevas mercancías. Y a la larga terminaron postulando que todo lo que había en la Tierra –y más allá- podía ser escalable y, por ende, intercambiable a los valores del mercado (Tsing, 2023, p. 74).

Efectivamente, diferentes setas a lo largo y ancho del mundo son intercambiadas a los valores del mercado. ¿Pero eso implica que los hongos sean escalables? La escalabilidad sólo es posible si los elementos del proyecto permanecen inmutables y ajenos a las “indeterminaciones propias del encuentro” (Tsing, 2023, p. 71) y a las nuevas relaciones que puedan surgir en este cambio de escala. Es decir que para que haya escalabilidad no puede haber *contaminaciones colaborativas* (Tsing, 2023, p. 55)¹⁴ ni diversidad, por lo que para hablar de hongos debemos prescindir de esta idea. Los hongos nacen en los encuentros, en las *contaminaciones*, tejiendo nuevas relaciones a cada instante, alterando su mundo interno y los mundos mutuos que los rodean.

Si la supervivencia siempre involucra a otros, también estará necesariamente sujeta a la indeterminación de las transformaciones mutuas del yo y el otro. Cambiamos a través de nuestras colaboraciones, tanto dentro de nuestra propia especie como entre especies distintas. Lo que es importante para la vida en la Tierra se produce en esas transformaciones, no en los albores de decisión de individuos autónomos. En lugar de limitarnos a ver únicamente estrategias de expansión y conquista de individuos implacables, debemos buscar historias que se desarrollen a través de la contaminación (Tsing, 2023, p. 59).

¿Cómo pensar entonces *con* los hongos? Tal vez no podamos pensarlos en términos de escalabilidad, pero sí de *localización*. Vandana Shiva (2018) trae esta noción como un modo de producción y distribución local de los alimentos, que se contrapone al de la globalización de la comida. La autora expresa que “todos los lugares habitados por seres humanos producen

¹⁴ Como se citó en el segundo apartado, la autora define a las *contaminaciones colaborativas* como encuentros que “cambian lo que somos en tanto que damos paso a otros. En la medida en que la contaminación transforma los proyectos de creación de mundos, pueden surgir mundos mutuos, y también nuevas direcciones” (Tsing, 2023, p. 55).

alimentos. Desde el Ártico a la selva y al desierto, cada lugar tiene un ecosistema propio y diferente (...) pero alimentos habrá donde haya gente" (p. 133). Este modo de concebir y distribuir los alimentos no solo es natural, sino que "es vital, porque permite a los agricultores poner en práctica la **Ley de la Devolución**¹⁵ (...) nutrirse ellos, nutrir a sus comunidades y nutrir al suelo, al que devuelven lo que les da" (p. 133) **tal y como lo hacen los hongos**. Pensaba en estos lugares tan diferentes entre sí, como la selva, el Ártico y el desierto. Los pensaba como territorios, y al mismo tiempo pensaba en otros territorios, como los bosques. Pensaba más allá de los seres humanos, pensaba en los seres vivos que al reproducirse *producen*, que devienen alimentos; así como los hongos *producen* setas bajo sus propias condiciones de existencia y en determinadas partes del mundo. A diferencia de la escalabilidad, la localización habla de un habitar in situ, de un hongo como parte de un ecosistema diverso, latente, vivo, localizado, y por lo tanto, irreplicable.



[Descomponer es devolver, Fotografía de la autora]

Pese a los avances tecnológicos y al interés del capital por mercantilizar las setas silvestres comestibles, son muy pocas las especies que han conseguido clonar y reproducir, justamente por la dificultad en generar artificialmente los ecosistemas específicos para el desarrollo de cada especie. Esto coloca a los hongos, nuevamente, en los márgenes de todo aquello que el capitalismo pudo conquistar y cooptar.

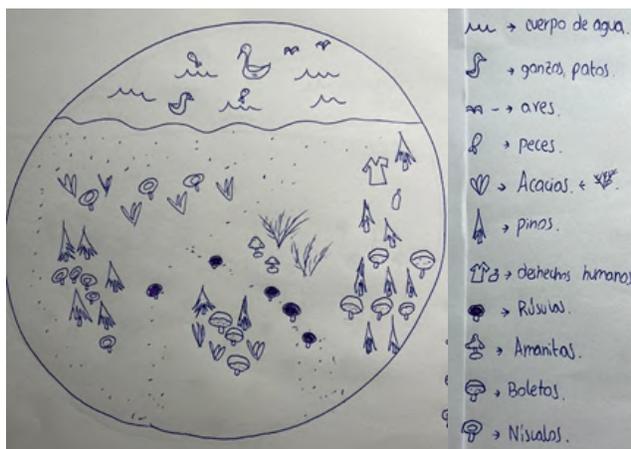
A pesar de la degradación ambiental y social traída por algunas de las posiciones del mundo moderno, todavía hay formas de vivir que resisten ser cooptadas. (...) Aún persisten formas de vida que enactúan con creatividad múltiples capacidades de responder y de reinventarse frente al cambio en armonía con los demás: que re-existen (Cely-Santos, 2020, p. 86).

Para hablar de esta re(sistencia)existencia es que vuelvo a mi experiencia en el bosque. Como si visitara a un viejo amigo: cada vez que vuelvo a él me encuentro con un lugar alterado,

¹⁵ El consumo local de los alimentos a diferencia del sistema de importación-exportación, permite que los desechos orgánicos que de ellos generamos vuelvan a la misma tierra que los produjo, es decir, permiten poner en práctica la Ley de la Devolución. (Vandana shiva, 2018, p. 133)

diferente, pero conocido. “Muchas veces, deambulando, he recordado de repente cada tocón y hendidura del lugar en el que me encontraba, a través de los hongos que una vez encontré allí” (Tsing, s.f., Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 2). Vuelvo a sentir como propias las palabras de Anna cuando se refiere a esta memoria del mapa, a esta cartografía sensible del bosque que construimos los recolectores a través de sus setas, a este *lugar familiar*. “A través de sus lugares familiares, los recolectores aprenden no sólo sobre las relaciones ecológicas en general, sino también sobre las historias naturales estáticas a través de las cuales determinadas especies y asociaciones de especies han emergido en determinados lugares” (Tsing, s.f., Hongos en un paisaje multiespecie, párr. 3). Es así que con el transcurso del tiempo, cada espacio de este bosque podía ser proyectado en mi mente, habitaban en mi memoria las zonas específicas donde recurría a encontrar cada tipo de seta. Hace un año, en

el comienzo de este texto, dibujaba el siguiente mapa posible de este bosque:



[Mapa-dibujo inicial del bosque, Fotografía de la autora]

Este mapa fue mi guía durante tres años. Con el transcurso de las estaciones aumentaba la recolección de otros visitantes humanos, la presencia contaminante de desechos plásticos y por sobre todo la tala de pinos, pero los níscalos (al igual que los Matsutake de Oregón) seguían allí, en los márgenes de estas prácticas antropogénicas. Sin embargo, este invierno las setas no se encontraban en los lugares

que recordaba, el bosque ya no respondía al mapa que dibujé, tal vez porque este no es una fotografía. “En una foto siempre hay respuestas a preguntas que nadie ha hecho. En el mapa solo hay respuestas a las preguntas del cartógrafo” (Mayorga, 2017, p. 42). La pregunta que (me) moviliza en esta cartografía del bosque es: ¿Dónde están los níscalos?

La búsqueda de esta respuesta me llevó a expandir mi mapa, a volver a aprehenderlo y dibujarlo, a reterritorializarme en este lugar para volver a conocerlo. ¿De qué elementos se compone mi mapa? En toda cartografía el secreto es elegir, saber sacrificar. “Sacrificar: eso es lo más importante al hacer un mapa. ¿Qué quiero hacer visible? Si tengo eso claro, sabré qué dejar fuera” (Mayorga, 2017, p. 41). Concedí atenciones a los cambios, con el objetivo de

incorporar a mi mapa los movimientos de la vida en el bosque a través de sus huellas. Aquí van algunas anotaciones:

el cuerpo de agua disminuyó gradualmente cada año, lo cual afectó directamente en la cantidad de gansos y patos que se pueden observar en el lago. Setas que resisten los suelos secos y áridos como las rúsculas, dejaron de ubicarse en una zona arenosa específica para expandirse por casi todo el resto del territorio, lo cual me indicaba que los suelos también habían cambiado. En general hay una menor cantidad de boletos, setas de invierno cuya temporada de fructificación es la



[Mapa-dibujo reterritorializado del bosque, Fotografía de la autora]

más duradera en este bosque¹⁶. Entrecruzando las acacias (que superan mi estatura) actualmente hay zonas desmalezadas que permiten el paso, caminos hechos por el hombre con el único fin de acceder más fácilmente a recolectar las setas que, irónicamente, solo crecían allí en compañía de las plantas que desmalezaron. Lo mismo sucedió en una zona específica donde crecía una gran cantidad de niscalos, los pinos (especies compañeras por excelencia de estas setas) fueron talados, sólo se encuentran los tocones de aquellos árboles que supieron acompañarlas. ¿Cómo podrían subsistir sin sus especies compañeras?

En estos años he sido testigo de las huellas antropogénicas que la tala y la recolección comercial han dejado en este bosque, así que resignada a la idea de abandonar este bosque en busca de otro, decidí extender mi radio de búsqueda habitual. Después de todo el amor por la recolección ya no tiene que ver con la cantidad de setas obtenidas, si no con un tejido vincular y afectivo con los territorios.

Comencé por bordear el radio anterior acercándome a los cuerpos de agua, hasta encontrar un lugar un poco más inhóspito para les humanas donde el relieve del suelo y la frondosidad de la flora dificultan sus pasos. Allí, siguiendo la ruta del micelio, volví a encontrar niscalos. Los hongos como especies compañeras y colaborativas, como conjunto “se definen de hecho por la fuerza de lo que agrupan tanto como por su –siempre posible- disipación. (...) Esta combinación

¹⁶ Estas setas también conocidas como esponjas, fructifican durante varios meses del año en este bosque debido a su resistencia a las sequías. Crecerán siempre y cuando haya frío, guardando en sus poros la humedad suficiente para subsistir.

de inefabilidad y presencia resulta evidente en el olor: otro regalo del hongo” (Tsing, 2023, p. 80). Las setas migraron, buscaron el modo de subsistir y *re-existir* a las recolecciones prematuras y a la tala de sus principales proveedores de sombra, humedad y refugio. Buscaron a través del crecimiento radial del micelio un nuevo lugar para fructificar y reproducirse, un lugar en el que pudieran sobrevivir y *regenerarse*.

Los ciclos vitales de la naturaleza permiten que la Tierra subsista, re(ex)sista, reviva, y florezca. Así como tantas especies los hongos, las hormigas, los pájaros y las abejas, regulan sus interrelaciones con el medio para regenerar la vida, para volver a hacerla posible. “Pero la sociedad industrial moderna no tiene tiempo para pensar en la regeneración y, por lo tanto, no permite vivir con arreglo a esa filosofía” (Shiva, 2018, p. 259). ¿Cómo acompasar este destiempo? El sistema industrial “está engranado por la producción masiva, el consumo masivo, la distribución masiva, lo uniforme” (SELVAGEM, 2024, 21:46). Los tiempos y procesos de regeneración de la vida no alcanzan la velocidad de los de la producción, no responden a las temporalidades de la inmediatez en la que estamos inmersos y, sin embargo, son lo único que puede salvarnos. El capitalismo, la escalabilidad, el antropoceno, el colonialismo, las promesas de desarrollo y progreso, no constituyen más que caras idénticas de la misma moneda caleidoscópica que proyecta una *imagen* (SELVAGEM, 2024) de una vida mejor al mismo tiempo que la imposibilita, destruyendo el único planeta que tenemos para habitar, interrumpiendo con impunidad cada intento de regeneración en pos del beneficio económico. Hasta el momento, este sistema dominante no ha sabido otorgar ninguna solución real al problema en el que estamos atrapados. ¿Cómo vamos a vivir en la tierra?

El tiempo que duró el aislamiento por COVID-19 puede ser un ejemplo útil para pensar en lo que potencialmente podría ser la vida si pudiéramos generar un contrapunto, acompasar el ritmo antropogénico con los tiempos necesarios para la regeneración. Parte de la humanidad pudo ver como se regeneraron los ecosistemas que ella misma había contaminado mientras los animales tomaron las calles, transitaron los espacios públicos y respiraron aunque fuera por poco tiempo, un aire menos contaminado. Mientras el tránsito de la vida humana en la Tierra es cada vez más ruidoso, tóxico y contaminante, las emisiones de gases aumentan al mismo tiempo que la irresponsabilidad con la que consumimos y descartamos trozos del mundo. ¿Qué puede lograr crecer en estas condiciones? Los hongos son representativos, a través de ellos hablan todos los seres que aún pueblan el planeta y que continúan re(sistiendo)xistiendo, regenerando y sosteniendo la vida.

Afectividad en ejercicio: cuerpos entre cuerpos. Miradas posibles desde la Psicología.

En los hogares protegidos de todo el imperio, los humanos se han acurrucado en sus sillones con sus mascotas y sus aperitivos simulados para ver la destrucción del resto del mundo en la televisión. (...) Fuera de casa, entre los bosques y los campos, la abundancia aún no se ha agotado.

- Anna Tsing, Márgenes rebeldes: los hongos como especies compañeras.

Esta mañana mientras cocinaba el almuerzo pensaba en el desarrollo de este último apartado. Rememoraba nociones y lecturas que me atravesaron en el proceso de esta producción y que componen e inspiran mi trabajo, lamentando que no fueron profundizadas en él: la soberanía alimentaria, el giro eco-territorial-descolonial, las diversas nociones de autonomía económica, la economía feminista, la economía circular y solidaria y el buen vivir. Trazar este ensayo cartográfico, diseñarlo como un mapa/collage me enfrentó con la difícil tarea de *sacrificar*, el acto más importante y tal vez más difícil a la hora de hacer un mapa (Mayorga, 2017).

Trazar este ensayo de borrones y escrituras ha sido como pasear por un bosque por primera vez, dibujando líneas irregulares pero continuas que componen este ensayo-dibujo único, esta trayectoria posible entre tantas otras. Es por esto que elijo para mi último apartado, abrazar un abordaje que acoja algo de estos otros que sacrifiqué. Elijo un abordaje que con(mueva) y defienda la sensibilidad como una base indispensable no solo para **enfrentar** el problema ecológico-político-afectivo en el que estamos atrapades, si no para **desear** hacerlo, entendiendo que la potencia del deseo en nuestro que-hacer colectivo puede y debe estar cargada de afectividades alegres y que de otro modo, el ejercicio humano de vivir y habitar este mundo continuará desarraigado de emocionalidades y por lo tanto, obediente a las leyes del capital.

Esta mañana mientras cocinaba el almuerzo apartaba las cáscaras de las verduras para volcarlas en la compostera. Observaba el abono encapsulado en un cubo plástico, deseoso de mezclarse con la tierra y abrigar una semilla, en él habita también mi propio deseo. Pensaba en la “ley de la devolución” que menciona Vandana Shiva (2018), un modo local (y posible) de producción y alimentación, de recoger y devolver a la tierra los desechos, de tratar a la tierra toda como una gran compostera. Volvía a mi mundo, donde la tierra toda me queda lejos, donde el problema del que hablo me queda grande y abrazo ese pequeño espacio de mi tiempo que utilizo para cuidar el planeta, cuidar de las plantas, recolectar hongos, pensar en otros modos posibles de vivir. ¿Cómo hacer del planeta una compostera? ¿Cómo hacer de esta compostera un planeta? *Para hacer de la Tierra abono: un lugar rico, nutritivo y vivible, tal vez debamos ser un poco hongos, abejas y lombrices.*

En cada bosque cohabitan millones de microecosistemas y en ellos, diversas formas de vida que se entranan y comunican, *contaminándose* de formas *colaborativas* en cada encuentro (Tsing, 2023). Conceder atenciones a esta red rizomática que se sucede a través de los micelios, me lleva a pensar en los modos relacionales y afectivos que les humanas podemos aprender de los hongos como especies compañeras (Haraway, 2019a). A través de ellos, los entramados vinculares del bosque conforman un gran micelio que conecta, nutre y regenera la vida. ¿Cómo sería un mundo-bosque? ¿Cómo sembrar un mundo de colaboraciones, afectos y sensibilidades?



[Encuentros micorrícicos, Fotografía de la autora]

Anabel Lee Teles (2020) expresa que “vivimos en presencia de una dinámica psicosocial que ordena y determina la producción de los procesos de subjetivación a partir de condiciones formales y materiales” y que, estas condiciones producen una “trama afectiva endurecida” que permite que tanto los seres que pueblan el planeta como sus emociones, sensaciones, afectos, sensibilidades y pensamientos sean cosificados, devaluando así la vida y sus existencias (Teles, 2020). ¿Cómo re-valorizar estas existencias? ¿Cómo caminar hacia una trama afectiva de amistad y respeto por lo vivo? Reconocer y respetar a la vida en sus expresiones múltiples “implica deconstruir acciones de violencia que atentan contra los cuerpos, (...) las tierras, las aguas, los territorios,

nuestras culturas y perspectivas de vida” (González, 2020, p. 380-381).

En este sentido, cuidar los territorios, cultivar el respeto por la vida, luchar por lo común y defender la alegría como premisas micropolíticas son todas acciones revolucionarias, porque significan deconstruir acciones de violencia a través de entendernos en las tramas de la afectividad. Propongo este modo relacional como un punto “en donde el deseo podrá perforar la superficie del mundo para inscribir en ellos los cortes de la fuerza instituyente” (Rolnik, 2019, p. 57). Propongo pensar la afectividad como pasaje, como línea de fuga a través de la cual podamos bordear las lógicas capitalistas para alcanzar afectividades sensibles, generadoras de

movimientos que interpelen las jerarquías interespecies. Quizás de este modo podamos practicar una *epistemo-estesis* (Giraldo y Toro, 2020)¹⁷ capaz de activar nuestros sentidos a favor del cuidado de la vida, intensificando la responsabilidad allí donde solo prima la indiferencia.



[Atención al detalle, Fotografía de la autora]

La afectividad como modo relacional, como un ejercicio de esta psicología vitalista, implica el reconocimiento de las afectaciones recíprocas y sensibles inter(intra)especies que se suceden en los territorios, implica conceder atenciones a las tramas afectivas que promovemos, que evitamos, que construimos y que ignoramos. Pensar con el prisma de la afectividad implica comprender que somos afectados en la medida en la que afectamos (Teles, 2020) y que esto, necesariamente moldea formas colectivas de habitar la vida. Ser afectados por *lo otro* hace de nuestro paso por la vida un cúmulo de actos significativos, hace de nuestro modo de habitarla algo relevante, hace de nuestras prácticas acontecimientos que nos responsabilizan. ¿Cómo quiero afectar al mundo?

Sabernos como seres sensibles a las afectaciones mutuas que se suceden en la vida, nos empuja a cuestionar y descreer la idea de que estamos separados de la naturaleza y de los otros (SELVAGEM, 2024), en tanto nos enfrenta con las producciones de subjetividad como procesos que nacen en las pluralidades, en lo colectivo, en la potencia de aquello que se vive y se hace en conjunto (Teles, 2020, p. 161).

En esta esfera de la experiencia subjetiva, estamos constituidos por los efectos de las fuerzas y sus relaciones que agitan el flujo vital de un mundo y que atraviesan singularmente todos los cuerpos que lo componen, haciendo de este un solo cuerpo en variación continua, ya sea que se tenga o no conciencia de ello (Rolnik, 2019, p. 48).

De aquí la necesidad de una ético-política afectiva que genere una *movilidad relacional*, a través de prácticas que concedan atenciones a aquellas dimensiones que tendemos a

¹⁷ Giraldo y Toro (2020) proponen pensar “lo ambiental” desde una epistemo-estesis: “una forma de conocimiento desde la piel, el contacto y los sentidos” (p. 14).

invisibilizar (Teles, 2020) y que nos permiten comprender que hay vidas valiosas más allá de las humanas en el mundo. En este sentido recolectar setas silvestres, compartir micosenderos, caminar lento a través de un bosque y utilizar nuestros sentidos es formar parte de tramas afectivas y sensibles, que consideran las sensaciones y afectos como actos constitutivos y transformadores de este habitar-el-mundo, del propio ejercicio de vivir.



[Micorrizas en el bosque, Fotografías de la autora]

Entonces, la afectividad como *epistemo-estesis* (Giraldo y Toro, 2020) configura un modo de vivir que posibilita una vida alegre, potenciando su despliegue y conservación a través del deseo como potencia (Teles 2020, p. 59), permitiendo así el hacer y pensar de nuestras relaciones humanas-territorios-mundo como un rizoma, como un gran micelio. Debemos aprender a nutrirnos mutuamente, a nutrir los territorios que habitamos, a nutrir nuestros propios cuerpos y los otros cuerpos del mundo: “cuerpos-piedras, los cuerpos-agua, los cuerpos-aire, los cuerpos-fuego, los cuerpos-plantas, los cuerpos-animales, los cuerpos-humanos” (Giraldo y Toro, 2020, p. 35). Nutrir a la naturaleza toda, hacer de una compostera *el mundo* en el ejercicio de la afectividad **para todos los cuerpos**.

Así como los hongos, los bosques nos muestran la potencia de los territorios como trama de la vida, como espacios “en los que brota la diversidad, la multiplicidad y el amor” (Giraldo y Toro, 2020, p. 160) y que “tienen la inmensa capacidad de polinizarnos, de afectar nuestro cuerpo, de despejar nuestra sensibilidad. Ejercen su poder al habitarlos, al proporcionarnos los sentidos

relacionales, simbióticos y afectivos olvidados por nuestra modernidad desorientada” (Giraldo y Toro, 2020, p. 160).

Estamos atrapados en el problema de vivir pese a la ruina económica y ecológica. Ni los relatos de progreso ni los de ruina nos dicen cómo concebir una supervivencia colaborativa. Es hora de prestar atención a la recolección de hongos. No es que eso vaya a salvarnos, pero podría abrir nuestra imaginación (Tsing, 2023, p. 42).

A lo largo de este ensayo hemos visto cómo los recolectores aprehendemos el paisaje y los territorios a través de las setas, inmerses en una cultura de atenciones y tactos, de activaciones sensitivas. La recolección como *desaprendizaje* de nuestra sociedad nos empuja a abrir la imaginación, a concebir afectividades alegres, amorosas y responsables que resisten a la ontología antropocéntrica dominante. El despertar de los sentidos posibilita que nuestros cuerpos sean liberados de los códigos antropogénicos, de lenguajes y concepciones utilitaristas sobre los seres que habitan el planeta, incluso de aquellos deseos que nos han sido impuestos. El despertar de los sentidos nos recuerda aquello que olvidamos, la confianza en nuestro cuerpo como medio epistémico, capaz de evidenciar lo que es bueno para el alma a través de lo que es bueno para la piel, el olfato, el gusto, la vista y los oídos (Giraldo y Toro, 2020, p. 59).

Esta mañana mientras cocinaba el almuerzo re-hidrataba setas que recolecté hace un año. Sus aromas me evocaban recuerdos en los que mi cuerpo se volvía uno con el cuerpo del bosque. Cuando nos encontramos entrelazados con los cuerpos fúngicos, con el cuerpo de la tierra y de los árboles e incluso con otros cuerpos humanos se desdibujan las separaciones entre cuerpos, comenzamos a comprender que somos *une*. Enseñarnos mutuamente, aprehendernos y sentirnos en la naturaleza, sentirnos parte de ella (porque lo somos) no solo es una pista para cuestionar los modos relacionales en los que estamos inmerses, sino una invitación a dejarnos *contaminar colaborativamente* (Tsing, 2023) por cada encuentro, a ser parte de un micelio que al mismo tiempo forme parte de otro, y otro más grande. La invitación es a defender la diversidad y la abundancia de este mundo que nos abriga, de los territorios que nos acogen y de las especies que nos acompañan: una **ontología fungi**.

Referencias:

- Ardoino, J. (1997). *La implicación*.
<https://es.slideshare.net/slideshow/la-implicacin-texto-de-jacques-ardoino/88635322#12>
- BosqueTerra [@bosqueterra]. (2024, 10 de junio). *¡Llegó la nueva fructificadora SmartFungi a revolucionar el autocultivo de hongos!* [Fotografías]. Instagram.
https://www.instagram.com/p/C8CbmU_A8id/?igsh=MXN5aWF6OWkycDJ2aw==
- Cely-Santos, M. (2020). La diversidad biológica y biocultural como bien común. Una mirada desde las abejas. En D. Roca-Servat y J. Perdomo-Sánchez (Comp.), *La lucha por los comunes y las alternativas al desarrollo frente al extractivismo: Miradas desde las ecología(s) política(s) latinoamericanas* (pp. 85-106). Clacso.
https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/buscar_libro_detalle.php?id_libro=2300&campo=isbn&texto=978-987-722-813-7
- Deleuze, G., Guattari, F. (2004). *Mil mesetas*. Pre-textos.
- Despret, V. (2022). *Habitar como un pájaro: Modos de hacer y de pensar los territorios*. Cactus.
- Di masso, A., Berroeta, H., y Vidal, T. (2017). El espacio público en conflicto: Coordenadas conceptuales y tensiones ideológicas. *Athenea Digital*, 17(3), 53-92.
<https://www.redalyc.org/journal/537/53753454003/html/>
- Giraldo, O., y Toro, I. (2020). *Afectividad ambiental. Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur; Universidad Veracruzana.
- Gonzalez Díaz, Y. (2020). Mandato Popular COA. Participación y autonomía para resignificar el Ordenamiento Territorial. En D. Roca-Servat y J. Perdomo-Sánchez (Comp.), *La lucha por los comunes y las alternativas al desarrollo frente al extractivismo: Miradas desde las ecología(s) política(s) latinoamericanas* (pp. 367-382). Clacso.
https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/buscar_libro_detalle.php?id_libro=2300&campo=isbn&texto=978-987-722-813-7
- Google. (s.f.). [Direcciones de Google Maps para llegar a Lago del Pinar, El Pinar, Canelones]. Recuperado el 26 de junio de 2024, de
<https://maps.app.goo.gl/mVHJptqwtDYTMctU9?g:st=iw>

- Haraway, D. (2019a). Cuando las especies se encuentran: introducciones. *Tabula Rasa*, 31(02), 23-75. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=39660441002>
- Haraway, D. (2019b). *Seguir con el problema*. Consonni.
- Kuhar, F., Furci, G., Drechsle, E. y Pfister, D. (2018) Delimitation of Funga as a valid term for the diversity of fungal communities: the Fauna, Flora & Funga proposal (FF&F). *IMA Fungus*, (9), 71-74. <https://imafungus.biomedcentral.com/articles/10.1007/BF03449441>
- Lim, M., Shu, Y. (2022). *El futuro es fúngico*. Blume.
- Machado, H. (2023). El extractivismo y las raíces del "Antropoceno". Regímenes de sensibilidad, régimen climático y derechos de la Naturaleza. *Revista Direito e Práxis*, 14(1), 407-435. <https://www.e-publicacoes.uerj.br/revistaceaju/article/view/73117/45211>
- Mayorga, J. (2017). *El cartógrafo*. La uña RoTa.
- Montenegro, M., Rodríguez, A., y Pujol, J. (2017). La Psicología Social Comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: De la reificación de lo común a la articulación de las diferencias. *Psicoperspectivas*, 13(2), 32-43. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol13-Issue2-fulltext-352>
- Rolnik, S. (2019). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Tinta Limón. <https://es.scribd.com/document/405478879/SUELY-ROLNIK-Esferas-de-la-insurreccio-n-pdf>
- Schwartzberg, L. (2019). *Fantastic fungi* [Documental]. Moving Art; Diamond Docs; Artemis Rising Foundation; Reconsider.
- Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos. Y una antropología por demanda*. Prometeo.
- SELVAGEM ciclo de estudos sobre a vida. (2024, junio 19). *CONVERSA NA REDE - Shiva e o beija-flor - Ailton Krenak e Satish Kumar* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=VXpGFsMpcsM&t=2s>

- Shiva, V. (2018). *¿Quién alimenta realmente al mundo? El fracaso de la agricultura industrial y la promesa de la agroecología*. Capitán Swing.
- Teles, A. L. (2020) *Política afectiva. Aportes para pensar la vida comunitaria*. La Hendija.
- Tommasino, N. (2024). ¿Cómo vamos a vivir en el planeta? Una cartografía para habitar tramas que cuidan la vida . *ILUMINURAS*, 25(67).
<https://seer.ufrgs.br/index.php/iluminuras/article/view/137146>
- Tsing, A. (2023). *Los hongos del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Caja negra.
- Tsing, A. L (s.f.). Márgenes rebeldes: los hongos como especies compañeras (P. Méndez, Trad.). *Simbiología: Prácticas artísticas en un planeta en emergencia*.
<https://simbiologia.cck.gob.ar/publicaciones/margenes-rebeldes-los-hongos-como-especies-companeras/> (Traducido de "Unruly edges: Mushrooms as companion species", 2012, *Environmental Humanities*, 1, 141-154, <http://www.environmentandsociety.org/node/5415>).
- Zuluaga Sánchez, G. (2020). El ecofeminismo. Críticas y alternativas al desarrollo. En D. Roca-Servat y J. Perdomo-Sánchez (Comp.), *La lucha por los comunes y las alternativas al desarrollo frente al extractivismo: Miradas desde las ecología(s) política(s) latinoamericanas* (pp. 299-312). Clacso.
https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/buscar_libro_detalle.php?id_libro=2300&campo=isbn&texto=978-987-722-813-7